

## RESEÑAS

J.BLACK - A.GREEN: *Gods, Demons and Symbols of Ancient Mesopotamia. An Illustrated Dictionary*. British Museum Press 1992, 192 páginas, 159 fotos e ilustraciones (T.Rickards). ISBN: 0-7141-1705-6.

Entre las útiles obras a las que no tiene acostumbrado esta prestigiosa institución nos encontramos con este nuevo diccionario, cuya estructura es una muestra del interés pedagógico que anima a sus autores.

En la primera parte (pp.5-25), una breve nota acerca de la pronunciación anglosajona de determinadas caracteres, una vez clarificada la transcripción de nombres sumerios y akkadios (5-6); a continuación una adecuada y breve Introducción (7-25) donde se exponen los principales pueblos y lugares del mundo mesopotámico, sus mitologías y leyendas, el arte y la iconografía en sus pautas básicas, así como los principales períodos históricos. Respecto al cuadro cronológico expuesto (22) observamos como se vuelve, sin que se nos explique la razón, a emplear la denominada cronología alta para el reinado de Hammurabi (1848-1806); ello obliga a alteraciones tanto en la datación del denominado período "neosumerio" (que pasa a quedar englobado a caballo entre los siglos XXII y XXI cuando habitualmente queda dispuesto, básicamente, en el XXI), así como la del denominado período de los reinos amorreos, hegemonías de Isin y Larsa que se iniciará a comienzos del siglo XXI. No es en exceso importante para una publicación donde lo cronológico no es determinante, pero sí creemos se debería de aclarar la existencia de un largo y actualizado debate (*High, Middle or Low?*. Acts of an International colloquium ou Absolute Chronology University of Gothenburg 20th-22d August 1987 P Aström, ed. 1989) que no deja, ni mucho menos, tan clara la cuestión.

La segunda parte es en sí mismo el Diccionario (27-190). En su desarrollo encontramos diferentes y útiles entradas para su consulta. De un total de algo menos de quinientas voces, aproximadamente un centenar son nombres propios de dioses y diosas, pero se incluyen adecuadamente algunos nombres de autores y monarcas (*Beroso, Nisroch*) que son importantes para la reconstrucción de los panteones y genealogías. Unas cincuenta voces hacen referencia a objetos, animales y elementos alimenticios directamente relacionados con las prácticas culturales. Muy breve es la aparición tanto de lugares y pueblos, si bien se hace en los casos en los que tiene razón de ser a niveles religiosos (*Esagil, E-kur, Eridu, gipar*), como de ciencias, pero siempre aglutinando una serie de elementos dispares en torno a un estudio y reflexión común (astrología, astronomía, cosmología, medicina, adivinación, magia). Una cuarta parte de las voces se corresponden a un bloque en

el cual podemos englobar conceptos, ideas, símbolos, acciones y prácticas religiosas, probablemente como cuerpo fundamental y más elaborado de este trabajo, apoyado por algunos cuadros iconográficos (páginas 64-65, 87, 96) útiles para una correcta identificación visual. Casi una tercera parte de las entradas deben de ser empleadas para remitir al lector a otra, la mayoría de las veces para evitar la reiterada repetición de elementos cuando de lo que se trata es de la denominación de un concepto o persona en diferentes lenguas, ya sea sumeria o akkadia.

Su manejo es sencillo aunque no está exento de cierta dificultad para el lector no anglosajón. Se entra, en algunos casos, por el nombre original (por ejemplo, *akitu*), y acto seguido somos remitidos a la voz inglesa (new year ceremonies), al tiempo que en algunas ocasiones se hace a la inversa (beer). Ello, posiblemente, en detrimento de un volumen excesivo de páginas que hicieran esta obra más costosa y más alejada del público medio. Dentro de las diferentes voces se advierte, en negrita o al final de la voz, dónde obtener más información al tiempo que compararla dentro de otras voces aquí recogidas. En conceptos más o menos genéricos se aporta un listado de figuras o fotografías dentro del trabajo donde se pueden obtener referencias. Igualmente útil y adecuada es la introducción de la voz *Egyptian gods and symbols* (74), como ejemplo de una milenaria relación que, pese a los altibajos producidos durante gran parte del III milenio y parte del II, fue siempre fluida, sin lugar a dudas mucho más en cuanto al mundo del hombre y sus creencias. Se hace también una especial insistencia en analizar determinados y carismáticos animales en sus diferentes versiones iconográficas en la línea científica marcada desde hace años por el Dr. Green, creando con ello una útil y a la vez intensa aproximación a los cambiantes, por su larga y heterogénea historia, componentes del espectro religioso.

Hechamos de menos, sobre todo para lectores no anglosajones, de un glosario que nos encauce en nuestra búsqueda, sin él este trabajo pierde parte de su carácter divulgativo. En conclusión, un adecuado trabajo, cuidadosamente documentado con excelentes dibujos muchos de ellos procedentes de pequeños cilindro-sellos que acompañan y enriquecen la obra otorgándole una utilidad más allá del mero y tradicional diccionario.

Félix García Morá

R. DREWS: *The End of the Bronze Age. Changes in warfare and the catastrophe ca. 1200 B. C.* Princeton University Press 1993. 252 páginas. ISBN: 0-691-04811-8.

Son cada vez más numerosas las obras que se acercan, ya sea de modo parcial, o de modo más globalizador, a las cruciales décadas de fines del siglo XIII

e inicios del XII, los momentos en los que se produce una importante y trascendental transformación en el Mediterraneo Oriental. Respecto a los primeros, debemos de exponer una larga tradición de estudios de índole geográfica o de aspectos técnicos. En la Grecia Continental (Blegen, Rawson, Crossland y Birchall, Chadwick, Furumark, Desborough, Lang, Kilian y Podzuweit, Snodgrass, etc), Creta (Evans), Chipre (Karageorghis, Dikaios), Siria y Palestina (Dothan M y T), etc. Respecto a los segundos, podemos destacar varios trabajos en los últimos años que intentan de algún modo ordenar tan heterogénea y monumental información. Mucho se ha avanzado desde el "Third International Colloquium on Aegean Prehistory" que, bajo el título *The Sea Peoples*, fue editado por Crossland en 1973; el celebrado en Frankfurt 1976, *Geschichte des 13. und 12. Jahrhundert v. Chr.*, editado y publicado en Munich al año siguiente por H.Müller-Karpe; la primera edición del trabajo de N.Sanders de 1978, que cuenta con una edición revisada en 1985 (*The Sea Peoples*. Thames & Hudson); el Colloquio celebrado en Viena y publicado en 1983, "Griechland, die Ägäis und die Levante während der" *dark Ages*; Schachermeyr y sus reflexiones sobre el Levante durante ese crucial período en 1982 ("Die Levante im Zeitalter der Wanderungen vom 13 bis zum 11 Jahrhundert v.Chr."; aproximaciones al mundo griego a través del problema dorio en "Forschungen zur aegaeischen Vorgeschichte. Das Ende der mykenischen Welt. Akten des internationalen Kolloquiums", editado por E.Thomas en Colonia 1987, o los recientes trabajos de D.Musti ed. en 1990 ("Le Origini dei Greci: Dori e mondo Egeo"); finalizando con un trabajo editado por A.Ward y M.Joukowsky ("The Crisis Years: The 12th Century B.C." Dubuque 1992) que mantiene en el más vivo candelerero este particular y atrayente período histórico. En esta línea de trabajos, de corte específico, debemos de ubicar la obra que nos atañe.

El traumático paso en gran parte del Próximo Oriente entre el Bronce Tardío y la Edad del Hierro va intrínsecamente unido a un binomio no exento de ambigüedad pero tremendamente atractivo: pueblos del mar.

La continuidad como tónica general de funcionamiento a todos los niveles en el paso del Bronce Medio al Tardío a mediados del II milenio, no esconde la introducción de nuevos elementos de vital importancia para el posterior desarrollo de las sociedades y los grandes estados que configuran la segunda mitad de este milenio. Precisamente, innovaciones técnicas como la introducción del caballo para impulsar veloces carros de guerra, corazas y armaduras metálicas, arcos más potentes, etc., acaban por generalizar un modo de hacer la guerra que sin excesivas alteraciones perdurará hasta los momentos que nos centran. El trabajo que nos ocupa no es sino un estudio minucioso de estos elementos técnicos como justificadores del colapso que iniciado a fines del siglo XIII, se generaliza durante el XII.

La estructura del trabajo es triple. En una primera (*Introducción*, pp.3-30) se exponen los datos y problemas cronológicos que rodean la catástrofe (el inicio del reinado de Ramsés II, problemas sucesorios tras la muerte de Merneptah, la cuestión de la reina Twosret o los datos provenientes de Medinet Habu y de su constructor Ramsés III). Destrucciones contrastadas de modo esporádico en el último cuarto del siglo XIII, con auge durante la primera década del XII y con total furia durante los ochenta, finalizando en torno a 1175 con continuidad puntual durante el resto del siglo XII, conforma un esquema de exposición. Se hace un recorrido por diferentes zonas geográficas al objeto de contrastar arqueológicamente estas incidencias: Anatolia (interior, costera -Mileto, el problema de Troya), Chipre (como hito fundamental que puede dividir la historia de la isla en Chipriota Tardío II y III), Siria (centros bien documentados a todos los niveles como Karkemish y, sobre todo, Ugarit con su rico y puntual corpus escrito), el Levante Sur (Succoth, Lachish, Megiddo, Ashdod, Akko, etc., la presencia egipcia en estas tierras), Mesopotamia (que se vió afectada muy tangencialmente, Karkemish, Norshuntepe y Emar), Egipto (todo lo acaecido desde el ascenso de Merneptah y sus problemas con las poblaciones libias hasta las victorias, conmemoradas en Medinet Habu, de Ramsés III), Grecia e Islas del Egeo (recorrido por las principales fortalezas, palacios y grandes edificios que fueron destruidos en los centros micénicos), Creta (con el aún no solucionado problema de la destrucción de algunos centros de la isla, aunque se muestra cierta alteración en cuanto a la extensión y ubicación de los asentamientos en la misma).

La segunda parte ("Explicaciones alternativas de la catástrofe", pp.35-93) nos lleva a un minucioso y útil paseo por las diferentes opciones que se han barajado para justificar una evidencia. *Terremotos* (pp.35-47), la idea del "Act of God", una gran catástrofe natural, que unificó a varios investigadores y a sus centros de trabajo: Schaeffer en Ugarit, Evans en Knossos, Blegen en Troya o Mylonas, Iakovides y Kilian en el Peloponeso. Demasiadas son las piezas que no encajan en esta hipótesis las cuales son analizadas puntualmente. *Migraciones* (pp.48-72), un argumento decimonónico que fue tomando cuerpo desde que G.Maspero en su "Histoire ancienne des peuples de l'Orient classique" lo plantease veladamente. Las corrientes ideológicas y políticas de fines del siglo XIX e inicios del XX encontraron un excelente caldo de cultivo en esta hipótesis de ahí que perdurase relativamente sólida hasta hace muy pocas décadas. Se hace un minucioso recorrido por diferentes zonas geográficas al objeto de mostrar ciertas evidencias y desacuerdos respecto a esta posibilidad (Grecia, Asia Menor, Sicilia-Cerdeña, Italia, Palestina); posiblemente, sea uno de los capítulos mejor conseguidos de esta obra. *Trabajo del hierro* (pp.73-76), el mito de la llegada de los indoeuropeos de modo masivo trayendo el hierro ha dejado paso a una realidad

nueva: es más el cambio en el uso del metal que en el arte de la guerra. Se busca el origen del uso del hierro (Childe, Mendenhall, Gottwald), incidiendo de modo particular en la génesis chipriota. *Sequía* (pp.77-84), desde que R.Carpenter plantease la tesis de una prolongada escasez que debilita las estructuras sociales, esta idea alcanzó gran popularidad en el seno de la escuela británica; actualmente no existen evidencias geoclimáticas de cambios en ese momento al tiempo que el registro arqueológico no confirma su generalidad y, por tanto, la validez como modo explicativo. *Colapso del sistema* (pp.85-90). Ciertamente durante el siglo XII e observa en la parte más occidental del Próximo Oriente un rediseñamiento general de sus estructuras. No sólo la cultura material y la distribución de asentamientos sino, sobre todo, la carta política general y las relaciones económico-sociales que ello comporta. En esta línea se hace especial incidencia (Zaccagnini, Liverani, Knapp) en los factores internos. Pese a ello y a su actualidad, esta hipótesis no aclara el por qué la arqueología muestra abandonos o destrucciones, hecho que se repite incluso en centros donde la documentación escrita no parece avalar la idea de problemas internos. Finalmente, *Incursiones* de índole pirático (pp.91-93), asociadas a esos pueblos del mar. Para unos meros instrumentos y para otros verdaderos artífices de la catástrofe.

La tercera parte del trabajo es realmente el cuerpo del mismo. Bajo el título "Una explicación militar de la catástrofe" (pp.97-225), se analizan de modo pormenorizado las radicales innovaciones que en el arte de la guerra van a dar a los agresores una sobresaliente ventaja sobre los agredidos. El tradicional carro de guerra enfrentado a un nuevo tipo de infantería que usa, entre otras tácticas, la guerra de guerrillas, jamás empleada en los amplios campos del Oriente Próximo. Espadas y jabalinas contra arcos desde carro. Se insiste en la necesidad de realizar un mayor número de trabajos sobre el arte castrense en el Mundo Antiguo. Poseemos algunos puntuales amparados en fondos documentales de primera magnitud (textos de Nuzi, estelas y textos egipcios), si bien quedan circunscritos en muchos casos a zonas geográficas concretas; pese a ello se destacan síntesis iniciales (Yadin, Stillman y Tallis, Hackett).

Varios son los puntos de reflexión expuestos en cuanto al armamento y técnicas de combate. Se inicia con un recorrido por el papel del "Carro de guerra en la Tardía Edad del Bronce" (pp.104-134). El carro y el arco frente a la espada larga, la jabalina y elementos de armadura individual. Los inicios de su uso, el número y el gran costo de mantener a caballos y aurigas, su uso en el campo de batalla (Micenas, Hatti, Egipto, Ugarit, Nuzi, la India), citando y analizando como ejemplos las obligadas referencias a los encuentros de Megiddo y Kadesh. "La infantería en la Tardía Edad del Bronce" (pp.135-163), su peculiar uso durante el Bronce Medio y Tardío. Faltan estudios adecuados sobre ello, probablemente

amparados en una carencia casi generalizada de datos sobre ella, al tiempo que se insiste en su importancia a niveles sociales (reclutamientos). "La infantería y caballería en los inicios de la Edad del Hierro" (pp.164-173), a diferencia de las etapas anteriores la infantería se usa ahora de modo masivo como arma de choque quedando el carro reducido a símbolo de status. Se desarrollan nuevas técnicas durante los inicios del primer milenio que van facilitando un uso extendido de la caballería como apoyo a la infantería.

En cuarto lugar encontramos un interesante e ilustrativo análisis de los "Cambios en armadura y armas a fines de la Edad del Bronce" (pp.174-208). Tres elementos son estudiados: las armaduras y escudos individuales, los venablos y jabalinas, y, finalmente, las espadas. Las armaduras antes del 1200 están destinadas de modo exclusivo al auriga (Dendra), pasando durante los siglos XII y XI a toda la infantería (hecho constatado en el Egeo justamente en el crucial paso del Heládico Tardío IIIB al IIIC); a ello unimos la extensión del escudo redondo a fines del siglo XIII, todo denotando un nuevo tipo de lucha al cual deben de hacer frente los escuadrones de carros, el cuerpo a cuerpo. Las jabalinas y lanzas van en la misma línea al manifestar la existencia de sistemas de lucha en falanges cerradas y el empleo de grandes y potentes arcos. Por su parte, las espadas sufren un cambio revolucionario en torno al 1200. Llega el tipo denominado Naue II, originario de una zona comprendida entre los Alpes Orientales y los Cárpatos ya en un siglo XV. En el siglo XIV llegará a Dinamarca pero no será hasta el 1200-1190 cuando lo haga en Grecia; es una evolución absolutamente "bárbara". Más larga que las demás, con una mayor facilidad de uso por ambos lados y un mejor centro de gravedad, se acabará convirtiendo durante el siglo XI en la única que circula por el Egeo y en la espada estandar en el Próximo Oriente durante el inicio de la Edad del Hierro hasta el siglo VII.

Finalmente, se recapitula con un análisis sobre *el final del carro de guerra en la catástrofe* (pp.209-225). Revisión de los principales aspectos técnicos de la evolución militar del período al tiempo que se mencionan la entrada en escena de una serie de nuevas y precisas fuentes documentales (Antiguo Testamento).

En conclusión, un puntual y concreto análisis historiográfico junto a una profunda reflexión acerca de los factores menos llamativos de la catástrofe, aunque, no por ello, posiblemente, los menos definitivos.

Félix García Morá

K.G. RIJKHOEK: *Studien zu Sertorius 123-83 v. Chr.* Habelts Dissertationsdrucke. Reihe Alte Geschichte. Bonn 1992. 214 páginas. ISBN: 3-7749-2551-8.

Siempre es interesante observar el tratamiento histórico que recibe un personaje tan atractivo y de agitada vida como es Quinto Sertorio, sobre todo si uno mismo ha centrado su investigación en esta figura. Como se aprecia en el título sólo se abarca lo que denominaríamos "parte romana" en sentido estricto de su actividad, diferenciandola del conflicto bélico que sigue y que tendrá en tierras de la Península Ibérica una trascendental importancia. Es por ello, fundamental, no olvidar algunos de los aspectos de esta etapa para comprender lo que sucedió a posteriori, pero, si cabe, la visión estará, a nuestro juicio, sesgada si no observamos su figura y su labor en el compendio que representan algo más de siete lustros de incesante actividad, fiel reflejo de un sistema político que comienza a mostrar ciertas incoherencias que no son sino la antesala de los poderes personalizados y, por ende, del futuro Principado. Comprendemos la dificultad técnica y la complejidad científica que entraña analizar la "guerra sertoriana", pero si no lo hacemos, todo juicio acerca de tal o cual actitud será parcial y, por añadidura, infructuoso y, si no lo evitamos, incluso, tendencioso.

La estructura interna de la obra nos parece adecuada, pues de hecho coincidimos, salvo algunas precisiones, en ella. Se compone de una introducción, cuatro capítulos, conclusión y la correspondiente bibliografía (de la cual hablaremos más adelante), junto a un práctico *index nominum*. No vamos a realizar aquí un debate pormenorizado de muchos aspectos con los que, a nivel personal, no estamos de acuerdo, ni en el planteamiento ni en su solución, dado que no es el objetivo de una reseña, por tanto apuntaremos algunas cuestiones que no son sino un pequeño exponente de lo que de modo más extenso desarrollaremos en forma de artículos.

La *Introducción* (pp.7-21) es un claro exponente de las intenciones del autor: existen muchos trabajos centrados en la guerra posterior y los que se acercan de algún modo a los primeros años de su vida sólo parafrasean las fuentes (Schulten incluido), si bien, reconoce, ciertos avances en esta etapa en los últimos años (Scardigli, Katz, Konrad, Spann). Los estudios de índole prosopográfica, pensamos que tan necesarios pese a su intrínseca extensión y complejidad, son matizadamente criticados. Obras como las de Badian, Broughton o Münzer han creado una serie de tramas en torno a las familias romanas que, en opinión del autor, abusan de términos como el de *factiones* u oscilan entre lo genérico y poco concreto uso del concepto *amicitia* (pese a que el mismo Rijkhoek lo emplea de un modo igualmente genérico asociado a la figura de Tito Didio en páginas 76,92 y 104). Pese a ello,

cree conveniente reconstruir su carrera inicial con métodos y materiales prosopográficos.

El primero de los capítulos (*Grundlagen* pp.23-50) lo entendemos, y así se nos presenta en su estructura tripartita, como un intento de reconstruir todo aquello que acontece a Sertorio desde su nacimiento hasta la obtención de un primer destino militar, en opinión del autor, el 106, a las órdenes de Q.Servilio Cepión.

Primeramente, en el apartado los *Sertorii* y *Roma* (pp.23-26) se analiza el *nomen Sertorius* al tiempo que el de su madre *Raia* y su clara vinculación con la tierra etrusca, siguiendo la tradición de un Sertorio miembro de la elite municipal que se trasladará a Roma donde toma contacto con gentes respecto a las que establecerá una relaciones de patronazgo y clientela. Ante la pregunta de quién o quiénes son los eslabones que introducen a Sertorio en la vida publica se rastrea la historia de la Sabina y los principales cuadillos que por ella pasaron (Dentato, Escipion, Mummio, etc); al no encontrar elementos definitorios se buscan posibles conexiones con sus principales jefes militares (Cepión, Mario, Didio). Tras una rápida exposición de los principales puntos de vista expuestos hasta la fecha se decanta por Tito Didio, con una serie de argumentos que conforman una hipótesis frágil (p.36), pero verosímil en opinión de Rijkhoek (unos contactos tempranos a niveles "regionales" más que por atracción política).

Se continúa con las breves palabras de Plutarco que hacen referencia a su *Educación, estudios*, y su configuración como *tirocinium fori* (pp.37-50). Se plantea la conveniencia o no de tener en cuenta lo expuesto en Sert.2,2, por ello no se clarifica a qué ciudad se refiere el autor de Queronea ni cual es el alcance del concepto *μειρακιον*, llegando a establecer su fecha de nacimiento entre el 126 y 123 sin mayor precisión, aunque más adelante se acabe decantando, sin otra razón que el "obligado" ajuste a la estructura de un, en su opinión que no en la nuestra, más que "modélico" *cursus honorum*, por el 123 en las conclusiones (p.189). El autor al analizar la figura del *tirocinium fori*, frente a las tesis de Spann que vinculan a Sertorio con los Servilios Cepiones, prefiere buscar una conexión en la figura de Tito Didio, el cual, en una opinión que no compartimos, le puso en contacto con la poderosa facción de los Metelos, a través de la cual llega a engrosar el ejército de Cepión el 106 (p.43); se olvida desde un principio y, por ende, en el resto de la obra, la reflexión necesaria para ver en Sertorio, inicialmente, uno más de muchos, precisamente de extracción social particular (hecho que no es analizado con la profundidad necesaria), y no un avanzado y "arropado" miembro de la *nobilitas* que desempeña sus magistraturas como si de un espejo de la *lex Villia* se tratase.

La *Inurbanitas de Sertorio* (pp.44-50) completa el triple planteamiento inicial. Se centra en el puntual análisis de los conceptos empleados por Cicerón en



la polémica y compleja cita de Sertorio en *Brutus* 180. *Inurbanus* y *rusticus* lo justifican por su origen, pero *plane indoctus* debe de entenderse en base a dos cuestiones: la distinción de ser mencionado en este compendio al tiempo que el ideal y el nivel cultural con el que nuestro sabino es comparado; por ello, en ningún caso es una descalificación, si bien ubica, en nuestra opinión, a Sertorio en su justo lugar.

*La entrada en la política* (pp.51-107) es el segundo de los capítulos y abarca el espacio cronológico comprendido entre el inicio de sus actividades el 106 y su actuación en la Guerra Social el 89. En un apartado inicial introductorio se expone un *estado de la cuestión* (pp.51-55) donde desfilan los principales autores que se han definido en las diferentes etapas de estos tres lustros (Schulten, Spann, Konrad); la conexión política interna de Sertorio es importante piensa Rijkhoek, hecho que no negamos, pero no a través de los Cepiones como él mantiene. A continuación cinco capítulos que diseccionan estos cruciales y definitorios años en la vida de Sertorio y en sus aspiraciones, posiblemente mucho más de lo que hemos encontrado aquí reflejado.

El *primer destino militar* (pp.56-61) aborda dos cuestiones. Como *tirocinium* asume el estatus de *contubernalis*, en opinión del autor, con el rango de oficial en el ejército de Cepión, en oposición a las tesis de Konrad que, amparado en un polémico texto de Schol.Bern. (p.58), mantiene la presencia de Sertorio en unidades de infantería. Ciertamente, no dudamos del carácter ecuestre de nuestro protagonista al tiempo que tampoco de su desarrollo en la línea del *contubernium*. En segundo lugar, se expone el relato del desafortunado encuentro de Arausio. Se narran las fuentes pero nada se dice del lugar posible de participación de Sertorio ni de algunos datos de interés que las fuentes, aunque sea de modo muy velado, nos sugieren.

*Entre Mario y los Metelos* (pp.62-79) conforma el segundo de los apartados. En su interior cuatro puntos de reflexión. El Proceso (pp.62-70) subsiguiente a la derrota ante los germanos, ¿afectó o no a Sertorio?. En opinión del autor sí como al resto del ejército. Como oficial, a inicios del 104, cuando aún no había entrado en el ejército de Mario, permanecería en Roma sujeto (no se precisa en qué grado) a la tempestad política subsiguiente. En el destierro de Cepión y sus consecuencias (pp.70-73) se narran los asuntos de política interna que ha suscitado el exilio, de Mario y de la oposición tribunicia, sin mención alguna de Sertorio. El tercer punto es posiblemente uno de los más comprometidos de este trabajo. Con el título *Sertorius wechselt die Fronten* (pp.73-76) se plantea un "giro político" del sabino hacia Tito Didio el cual, a fines del 103 o inicios del 102, había salido de la *factio meteliana*; la influencia de Mario en esos cruciales momentos se baraja como posible. No creemos en que fuese en el ejército de Mario

un mero *contubernalis*, ni que poseyera un alto rango como para decentarse en política de modo tan abierto; se olvida, como en toda la parte inicial de la obra, el carácter "aún poco destacado" de Sertorio en el mundo de la política.

*El tribunado militar* (pp.80-87) es el capítulo donde, a nuestro juicio, se muestra una de las lagunas más destacadas del trabajo. Un estado de la cuestión (pp.80-81) rastrea la posible presencia de su figura por los diferentes frentes militares (Macedonia, Sicilia, Norte de Italia), aunque el autor apunta la posibilidad de que obtuviese un cargo civil en Roma o en cualquier parte del Imperio, posibilidad que nosotros no compartimos. Sertorio y la política interior romana del 100 al 98 a.C. (pp.81-83) busca enlazar nuevamente a Sertorio con el regreso de Didio y su acceso al consulado, su alejamiento la *factio* meteliana también afecta a Sertorio con el cual le une una relación de patronazgo. Mucho es lo que sobre esto podemos hablar pero aquí no es el lugar, si bien queremos hacer especial incapié en los dos siguientes apartados. España (98-93 a.C.) y Cástulo (pp.83-87) representan la única aproximación del autor al mundo hispano. Se especula sobre si Sertorio fue o no *tribunus militum a populo*, acerca de la ubicación del campamento en Cástulo, de la importancia que tuvo como experiencia para el sabino, pero nada de los que participan en este conflicto ni, y es lo más grave, una sola mención de algún trabajo (que los hay) en lengua castellana sobre Cástulo, su historia y la relación de Sertorio con la cultura ibérica del valle del Guadalquivir. Comenzamos a sospechar que no se trata simplemente de un olvido sino que es intencionado. Observando con detenimiento la bibliografía (pp.193-207), comprobaremos la total ausencia del algún título escrito en lengua castellana; no es achacable a su inexistencia o inadecuación temática sino a una realidad que se resiste a desaparecer: nuestra historia no la podemos escribir nosotros mismos ni estamos capacitados para que nuestra lengua y trabajos entren de lleno en el debate histórico. No quiero pensar en excusas como la de la propia delimitación cronológica del libro, porque, como apuntábamos al comienzo, la figura de Sertorio no puede ser comprendida adecuadamente sin observarla en su totalidad, sólo así podremos hacer una historia completa, sin fisuras, dejando al debate lo que la propia tradición no nos ha legado, no porque una lengua no sea considerada en plano de igualdad. Quinto Sertorio no es un invento ni de Bienkowski, Stahl o Schulten, ni mucho menos de la bibliografía anglosajona, sino un hito histórico como otros muchos, pero en este caso, con una especial y particular incidencia en el suelo hispano; mucho se ha avanzado desde los trabajos de P.Spranger y J.S.Richardson.

La *cuestura* (pp.88-98), introducida por un breve estado de la cuestión (pp.88-89), es seguida por dos puntos de análisis. El primero se centra en el texto plutarqueo de *Sertorio* 4,1-2 (pp.90-93). Dificultades para poder reconstruir los

hechos, pese a ello el autor se decanta por situar la campaña sertoriana y su elección el 91 para ejercer al año siguiente, hecho en el que estamos de acuerdo. Por el contrario, no compartimos su afán por vincularlo tan directamente a Didio como se viene haciendo desde un principio, explicando con ello su salida de Hispania el 93 y no el 92 como nosotros creemos. No es el sabino, como ya lo hemos manifestado, un ejemplo en el desarrollo *suo anno* del *cursus honorum*. Los datos proporcionados por Plutarco no tiene que ser falsos ni contradictorios si son analizados con detenimiento. El segundo punto analiza el *dilectus* (pp.93-98) realizado por el sabino en la Cisalpina nada más estallar la Guerra Social. Se le adjudica a Sertorio un *imperium* propretorial, afirmación que requiere, habida cuenta de la especial situación política del Estado y de la propia región padana, un mayor grado de análisis.

Bajo el título *Como legado en la Guerra Social* (pp.99-107), se cierra este segundo capítulo. Un ascenso a legado y un análisis de los frentes de lucha, si bien con un escaso aporte argumental (excepción hecha, quizás, de la reflexión introducida en la nota 425 p.99). Un estado de la cuestión (pp.99-103) plantea la ubicación septentrional o meridional de Sertorio en los frentes de lucha. *Sertorio y los legados de L. Caesar* (pp.103-104) sirve de apoyo documental a la tesis de E.Badian sobre el agrupamiento político de los militares en los dos frentes: Sertorio, como Didio, al estar enfrentado al clan meteliano, queda enmarcado en el frente sur (hecho que compartimos, pero no con estos razonamientos). Finalizamos con el desarrollo de las actividades de *Sertorio en el teatro sur de operaciones* (pp.104-107). Como cuestor en el *consilium* de L. Cesar, se narran los hechos bélicos. La muerte de Didio marcará su carrera, sobre todo a niveles políticos.

*Victorias y derrotas (89-86a. C.)* componen el tercer capítulo (pp.109-149). Su alineamiento con Cinna: ¿cómo se produce ese repentino cambio?, ¿cómo se pone en contacto con el heterogeneo líder popular?, ¿qué le impulsó a aproximarse a él?. Estos interrogantes son analizados en tres apartados. *Una derrota electoral* (pp.111-124) centra el apasionante problema de la oposición silana a la elección de Sertorio como tribuno popular. Tras un pormenorizado estado de la cuestión (pp.111-116), se analiza el binomio Sertorio-Sila (pp.116-117). Desconocemos el motivo concreto de la oposición y la posible existencia de enemistades políticas anteriores, la clave está (y en ello estamos de acuerdo) en el desarrollo de la política interna de Roma en los años que siguen al final de la Guerra Social. A eso se dedican las siguientes páginas (pp.117-124) al objeto de encontrar la clave interpretativa. La renovación obligada en el Senado tras la cruenta guerra, la subsiguiente desaparición de patrones políticos (muerte de Didio). Se trata de ver cuándo es la candidatura sertoriana en relación con la marcha de Sila sobre Roma.

En el fondo de este marasmo de luchas políticas debe de estar el fracaso de la candidatura sertoriana (p.120). Posibles interferencias: la irregular candidatura de C.Cesar Estrabón al consulado, el mando de la ya casi segura guerra contra Mithrídates o, la más viable, la candidatura de otros individuos apoyados por fuertes intereses (Sulpicio, Antistio).

Tras este incidente, verdadera piedra de toque del devenir posterior de Sertorio, se buscan *nuevos aliados* (pp.125-130). El beneficiario es L.Cornelio Cinna del cual se afirma, creemos que adecuadamente, que se ha exagerado su papel como director de un camino revolucionario. El asalto al *pomerium* cuestiona las relaciones de Sila y el Senado en el otoño del 88 (pp.125-129). Se especula con la finalidad de semejante acción, se analizan las polémicas elecciones del 88 para el 87 buscando en ello demostrar una manifiesta polarización de la vida política romana en estos momentos en torno al binomio Octavio-Cinna. *Nuevas tensiones* (pp.129-130) oscurecen y dificultan aún más el panorama político, sin que por ello veamos esbozado el papel de Quinto Sertorio, ni la verdadera razón ni el punto determinado donde triunfa la oposición de Sila.

La *Guerra Civil* subsiguiente tras la marcha de Sila a Oriente centra el tercer de los apartados (pp.131-149). *Dies Octavianus* (pp.131-134): la política reconciliadora de Cinna acaba llevando al Estado a la guerra civil, pero seguimos sin saber la clave de la unión Cinna-Sertorio. Sertorio, enrolado en las filas de los expulsados, da *inicio al asedio de Roma* (pp.134-135) con descripción de las polémicas levas de esclavos, el papel del *flamen dialis* Mérula y la llamada de auxilio a Estrabón. *Mario y los cinanos* (pp.136-138) plantea uno de las principales claves que a nuestro particular juicio explicará algunas de las acciones más determinantes a posteriori de Quinto Sertorio. Pese a lo que diga Plutarco, opina el autor, el sabino debió de ver algo más en esa extraña relación que no fue de su agrado (en ello quedamos de acuerdo aunque no en el breve espacio que se dedica a esta crucial cuestión). Se toma en cuenta la posible existencia en el cuerpo senatorial de esa *third force* que acuñó Katz, aunque con numerosas matizaciones (nota 580 p.137). Se da inicio al conflicto con Sertorio atacando Roma junto a los otros líderes populares, si bien nada se dice de su posible rango. Tras los primeros tanteos surgen rápidas las *negociaciones* (pp.138-139) haciendo especial incapié en esa extraña línea Estrabón-Cinna. Los *éxitos militares de los sitiadores* (pp.140-143) son descritos haciendo el obligatorio incapié en el enfrentamiento Sertorio-Estrabón (n.599 p.141). Se finaliza este apartado con uno de los episodios más controvertidos de la acción sertoriana, poco antes de entrar en esa nueva edad oscura de documentación que representa su paso por el trienio cinano. Nos referimos a la *masacre de los Bardyaei* (pp.144-149). Tres puntos han centrado la atención de los historiadores: la oposición a Cinna y su política (la liquidación de

Octavio y su régimen de modo sanguinario, haciendo a Sertorio responsable, por lo menos y como mínimo a nivel de hipótesis, hecho que nos parece a todas luces evidente); la oposición política y los enemigos personales de Mario y, en tercer lugar, los incontrolados excesos atribuidos a los partidarios de Mario y Cinna. Se cita y analiza el texto plutarqueo 5,6, recogiendo en nota 632 las diferentes versiones que las fuentes y los autores que se han aproximado al tema dan al respecto (intento de algunos cinanos de obtener más esferas de poder, Mario y el mando oriental, etc, si bien, el autor, no acaba decantándose ni aportando una visión personal).

*Cinnanum tempus* (86-83 a.C.) es el cuarto y último de los capítulos (pp.151-187). El compromiso de Sertorio con el nuevo régimen, sus logros y fracasos, las aspiraciones posibles del sabino, el regreso de Sila y su polémica y precipitada salida hacia Hispania. *Sertorio y el Senado* (pp.151-157) plantea el principal de los problemas: el silencio de las fuentes y el alto grado de dificultad que conlleva definirse en este período. Tras el habitual estado de la cuestión (pp.151-152), un basarse en el silencio de las fuentes (pp.152-157) intenta dar una explicación a este hecho. En la nota 649 (p.153) se especula con que la mayoría de las fuentes del período cinano que han sobrevivido están claramente influenciadas por tendencias contrarias (Sila, Sisenna, etc), al tiempo que se concluye que el silencio sobre Sertorio no es único y permite, pues, sólo, muy prudentes conclusiones (p.153). Una vuelta a la normalidad tras la guerra civil al tiempo que se especula con la posibilidad de otorgar a Sertorio ciertos honores, si bien, con Katz, cree que la pretura no se obtuvo antes del 83, planteamiento que compartimos. En esta línea el siguiente apartado aborda la espinosa problemática de adjudicar a Sertorio algún rango específico y funciones durante este trienio.

*Tribunado popular y pretura* (pp.158-163) se centra en esta cuestión: se exponen los diferentes planteamientos hasta el momento, adelantar la pretura, un nuevo acceso al tribunado, todo en base a la fecha en la que podamos fechar la pretura. Se acepta el 83, en lo que coincidimos, pero no en el razonamiento por el que desembocamos en ello (nace el año 123 a los que sumamos los necesarios 40 años). Abandonando el bando cinano, volvemos a la figura de Sila. Su *regreso* (pp.164-176) marca el penúltimo de las actuaciones de interés de Sertorio en tierras itálicas. Ante el avance desde Brundisium los cinanos abandonan lo política de reconciliación (pp.165-166), no se menciona a Sertorio entre los grandes líderes populares. Las derrotas iniciales de los cinanos (pp.167-168) dan paso a las famosas negociaciones de Teanum (pp.168-173). Aquí el autor expone el hecho y abre una página de debate: un previo estado de la cuestión en la que el propio autor, por fin, toma partido abierto en el mismo. Critica la opción representada por Keaveney (posibles desavenencias en el seno del *consilium* escipiónico y alto rango de

Sertorio), al recalcar que Escipión aún no estaba enemistado directamente con los populares más radicales, al tiempo que con su acción de asaltar Suessa conseguía su propósito de detener un más que posible entendimiento entre Escipión y Sila, aunque se olvidan, si cabe, las razones de índole militar.

*Sertorio abandona Italia* (pp.177-187) es el último de los parágrafos. Tras los incidentes campanos del verano del 83, el resto del año se desarrollan incesantes luchas que van haciendo poco a poco más difícil la situación de los populares. Nuevos reclutamientos de uno y otro bando, Sertorio en Etruria cuarenta cohortes, al tiempo que se insiste en la necesidad de que los diferentes pueblos itálicos vayan tomando partido. Las fuentes no aclaran por qué Sertorio, en la situación militar del momento, es enviado a Hispania. Se analiza a Apiano, Plutarco y Exuperancio, llegando a la conclusión de la existencia de un enfrentamiento en la cúpula de los populares. No hay conflicto indígena en Hispania que justifique su venida aquí (hecho que es cierto si bien la realidad de la Península Ibérica no justifica tampoco un control del régimen). No es analizada en profundidad la figura de C.Valerio Flaco, gobernador de los poco definidos territorios gálicos por los que deberá de pasar Sertorio. El autor se hace tres preguntas: 1. respecto a la expresión de Exuperancio *misere in citeriorem Hispaniam* y la provincia que Sertorio recibe, se destaca la falta de documentación acerca de los gobernadores hispanos tras las acciones de Flaco y Craso, no llegando a conclusiones definitivas; 2. el momento de partida que para él, sin poder precisar más, es a fines del 83 o inicios del 82 (nosotros creemos que sí es posible). Sertorio retorna a Roma desde Etruria después de que Carbón y el joven Mario fueran designados cónsules pero antes de que entrasen en funciones (se sigue básicamente las reflexiones cronológicas de Bienkowski y Scardigli n. 771 p.185), y el paso por la cadena montañosa descrita, Pirineos o Alpes (para nosotros claramente los primeros); 3. acerca del carácter y procedencia de las tropas que con él lleva a Hispania. No sabemos si conforme avanzaba reclutó más, aunque poco se habla acerca de la actuación, realmente interesante, del anteriormente mencionado C.Valerio Flaco. Se considera (no encuentro razones suficientes) para hacer a Sertorio gobernador tanto de la Citerior como de la Ulterior.

Con las *Conclusiones* (pp.189-191) se cierra el trabajo. ¿Se puede identificar a Sertorio como un popular como la ha hecho la historiografía tradicional?. Se demuestra que sus primeros años se desenvuelven en torno a la nobleza (hecho evidente, pero sin olvidar que no es una de sus estrellas más rutilantes, aspecto que marca toda su carrera inicial y, en toda lógica, en el desarrollo inicial de su *cursus honorum*). Se hace, finalmente, un breve repaso a lo expuesto durante el cuerpo central del trabajo.

En conclusión, es una obra que, particularmente, nos ha sabido a poco. Un alto porcentaje de páginas están destinadas a estados de la cuestión, realmente necesarios, pero cuando no se hace un uso abusivo de los mismos o no se hace de modo completo sino centrado en muy determinados autores. El autor desaparece en muchos de los apartados y cuando reaparece lo hace de un modo excesivamente prudente. Cuando algún tema, directamente relacionado con la figura que nos centra, es analizado, no se hace con el rigor que particularmente creemos necesario, al tiempo que no se contextualiza su figura cuando ello, en nuestra opinión, puede arrojar una preciosa luz al debate. Ni ese índice final ni los aproximadamente doscientos cincuenta títulos de la bibliografía, pueden esconder un trabajo, en nuestra siempre particular opinión, incompleto.

Félix García Morá

PAOLA D. ORSI: *L'alleanza acheo-macedone. Studio su Polibio*, col. «Documenti e studi. Collana di Dipartimento di Scienze dell'antichità dell'Università di Bari, Sezione storica» 9. Bari: Edipuglia 1991 [ISBN 88-7228-076-1].

Este reciente trabajo supone, en primer lugar, una buena revisión de las fuentes antiguas en torno a las negociaciones de la Liga Aquea con Macedonia, su tradicional enemigo, así como una actualización de las investigaciones en torno a dicha alianza. Se analizan en primer lugar (Cap. I, pp. 15-34) los testimonios de Plutarco, basados en gran medida en las *Historias* de Filarco (*FGrHist* 81): tanto en *Cleómenes*, cap. 16, como en *Arato*, cap. 38, se critica a Arato por haber traicionado Grecia y haberla vendido a un bárbaro, el macedonio Antígono Dosón, cuando Cleómenes, rey de Esparta, era de la estirpe de Heracles y, por tanto, un griego de pura cepa; igualmente se examinan los capítulos 39-42 de la *Vida de Arato* y 17-19 de la *Vida de Cleómenes*, que tratan el desarrollo de la guerra cleomélica desde mediados de 225 hasta la primavera de 224 a.C.

Se analiza a continuación (Cap. II, pp. 35-47) la información que proporcionan las *Historias* de Polibio previas a «la llamada al macedonio»: el supuesto peligro de una triple entente entre espartanos, etolios y macedonios (II 45 ss.); la primera embajada a Macedonia en 227/226, en la que los embajadores megalopolitas Nicófanos y Cércidas desempeñan a la vez un papel oficial y otro privado, como emisarios de Arato con órdenes secretas (II 47-50), y de la cual se obtuvo la promesa de Antígono Dosón de acudir en socorro a los megalopolitas

siempre que los aqueos consintieran; los siguientes capítulos terminan de allanar el camino al cambio de política (filomacedonia ahora) de Arato.

Tras esta útil puesta a punto, Orsi aporta (Cap. III-V, pp. 49-80) una interesante propuesta de reinterpretación del pasaje crucial (II 51, 4-7) en que se nos refiere cómo, tras la derrota del Hecatombeo en 224, ya no hay más remedio que solicitar la ayuda de Antígono. Polibio, propone Orsi, habría utilizado un lenguaje deliberadamente ambiguo para hacer pasar por decisiones de la asamblea aquea lo que en realidad eran decisiones del grupo de Arato. Dice, en efecto, Polibio: «Entonces, ante esta situación y porque los hechos ya no permitían remedio alguno, se impuso por unanimidad el acuerdo, en vista de las circunstancias, de acudir a Antígono» (II 51,4 *τότ' ἤδη τῶν πραγμάτων οὐκέτι διδόντων ἀναστροφὴν ἠνάγκαζε τὰ περιεστῶτα καταφεύγειν ὁμοθυμαδὸν ἐπὶ τὸν Ἀντίγονον*; trad., con ligeras modificaciones, de A. Díaz Tejera), pero no nos indica el objeto de *ἠνάγκαζε*-sujeto de *καταφεύγειν*, es decir, entre quiénes se impuso el acuerdo. Igualmente ambiguo es el uso del adverbio *ὁμοθυμαδόν* «por unanimidad»: pese a su frecuente aparición en contextos asamblearios, el adverbio en sí nada indica sobre el carácter asambleario de la decisión tomada; éste se deduce, por el contrario, del carácter colectivo del sujeto de la acción (los romanos, los sicilianos), que aparece acompañado por el adverbio *ὁμοθυμαδόν* en todos los pasajes polibianos excepto —significativamente— en el que nos atañe (cf. Orsi, pp. 51-60). Más adelante comenta: «Pero les producía un gran embarazo y dificultad el pensar que el rey no les prestaría su ayuda si no recobraba el Acrocorinto y recibía la ciudad de Corinto como base para la guerra presente y, además, el que los aqueos no se atreverían a poner en manos de Macedonia a los corintios contra su voluntad» (II 51, 6-7 *παρέιχε δ' αὐτοῖς ἀπορίαν καὶ δυσχρηστίαν μεγίστην τὸ μῆτε τὸν βασιλέα δοκεῖν ἂν βοηθῆσαι χωρὶς τοῦ κομίσασθαι τὸν Ἀκροκόρινθον καὶ λαβεῖν ὀρμητήριον πρὸς τὸν ἐνεστῶτα πόλεμον τὴν τῶν Κορινθίων πόλιν, μῆτε τοὺς Ἀχαιοὺς ἂν τολμῆσαι Κορινθίους ἄκοντας ἐγχειρίσαι Μακεδόσι*). De nuevo nos quedamos sin saber quiénes son «ellos»; evidentemente, no se trata de la asamblea de los aqueos, pues no tendría sentido decir que «les producía gran embarazo y dificultad» a los aqueos pensar «que los aqueos no se atreverían a poner en manos de Macedonia a los corintios contra su voluntad» (Orsi, p.76). Parece claro que el conjunto de individuos forzado por la necesidad a apelar a Macedonia, cuyos pensamientos nos expone Polibio en II 51, 6-7, no es el conjunto de la asamblea aquea, sino un grupo dentro de ella, probablemente *οἱ περὶ τὸν Ἄρατον*, «aquellos aqueos que, tras la batalla del Hecatombeo, han decidido por unanimidad (pero no por eso públicamente) dirigirse a Antígono, ya que consideran desesperada la situación en que se encuentra la liga: el grupo dirigente que hace jefe a Arato: en otras palabras, Arato» (p.77). La intención de Polibio sería, según Orsi, plantear



la intervención macedonia como una necesidad y alabar la inteligencia política y militar de Arato por haber previsto el peligro.

Completa Orsi su estudio con un capítulo donde se examinan y explican las diferencias de perspectiva en las narraciones de Plutarco y de Polibio (Cap. VI, pp. 81-92) y con otro dedicado al problema de la fuente que siguió Polibio para describir el episodio de la primera embajada a Macedonia (Cap. VII, pp. 93-103). Acepta con buen criterio la propuesta de E.S. Gruen (*Historia* 21, 1972, pp. 609-625, esp. 617 ss.) de que la fuente principal es Filarco, con quien Polibio polemiza en esta misma sección de las *Historias*; se desechan, pues, como fuentes las *Memorias de Arato* (propuestas como fuente principal por E. Bikerman, *REG* 56, 1943, 287-304, en concreto 297 ss.), así como informaciones orales megalopolitas (hipótesis defendida, por ejemplo, por R. Urban, *Wachstum und Krise des Achaischen Bundes*, Wiesbaden 1979, pp. 126 ss., con bibliografía sobre los defensores de esta propuesta en p. 132, nota 148). Debemos, en efecto, suponer que este episodio ha sido construido tomando como fuente básica las *Historias* de Filarco, si bien modificando la interpretación de los hechos en favor de Arato. Con todo, ello no supone, creemos, que Polibio desconociera una posible mención de la embajada en las *Memorias* de Arato, así como informaciones de círculos políticos megalopolitas: como se ha señalado (cf. e.g. P. Pédech, *La méthode historique de Polybe*, Paris 1964, p. 160), el padre y el abuelo del historiador, así como su maestro Filopemén, vivieron aquellos momentos decisivos; de ellos obtuvo verosímilmente opiniones sobre la embajada. Por otro lado, uno de los argumentos aducidos por Gruen (*ibid.*) para descartar la posibilidad de fuentes orales megalopolitas, i.e. la manipulación de los embajadores megalopolitas a manos de Arato, es un argumento débil, dado que éstos, aparte de megalopolitas, eran además miembros de una facción filomacedonia rival, si hemos de hacer caso a G.A. Gerhard (s.v. «Kerkidas» n° 2, *RE* XI, 1921, col. 293-308), de aquella de Filopemén a la que pertenecería años después Polibio. La investigadora italiana termina su iluminador trabajo con un apéndice donde se traduce la sección de las *Historias* de Polibio objeto de análisis (II 45-52).

La investigación llevada a cabo por Orsi podemos insertarla en una línea muy productiva: la revalorización del estudio de la lengua de los historiadores y de la importancia de ésta en el análisis historiográfico, lo cual permite descubrir insospechados matices y diferentes niveles de adhesión del historiador a la información que nos proporciona. En este sentido, podrá dar mayor respaldo a la propuesta de Orsi un análisis detallado del valor estilístico de las omisiones en el conjunto de las *Historias* de Polibio (semejante, por lo demás, al que ha realizado a propósito del adverbio *ὁμοθυμαδόν*), lo cual permitirá determinar si la omisión del objeto de *ἡνάρκαξε*-sujeto de *καταφείγειν* es un hecho único y, por tanto,

significativo, o sencillamente un estilema polibiano que puede constatarse en otros pasajes de la obra.

Juan Luis López Cruces

ORLANDIS ROVIRA, J.: *Semblanzas visigodas*, Libros de Historia Rialp 39, Madrid, 1992. 202 páginas. I.S.B.N.: 84-321-2830-9.

El Profesor Orlandis ha publicado durante los últimos años una serie de trabajos generales sobre el reino visigodo español, que son la consecuencia lógica de una dilatada y fructífera trayectoria investigadora dedicada a la Antigüedad Tardía hispana. Los más recientes son los que llevan por título "Historia del reino visigodo español" y "La vida en España en tiempo de los godos". A ellos se viene a sumar el objeto de este comentario, "Semblanzas visigodas".

Se trata de una colección de personajes de la época visigoda, o mejor dicho hispano-visigoda, precisión que quizá debiera estar más presente a lo largo de la obra, puesto que responde con mayor fidelidad a la realidad de la Antigüedad Tardía hispana. Sobre ellos no pretende realizar un estudio exhaustivo, sino una aproximación a su figura, a través de las pinceladas más significativas de su trayectoria vital y de la influencia que ejercieron sobre la sociedad del momento en el que les tocó vivir.

Los personajes aparecen ordenados de forma cronológica en cada uno de los dos bloques en los que se subdivide, cuya diferencia se debe a la mayor o menor extensión del tratamiento que se hace de ellos. El primero comprende a la reina Goswintha, al obispo Másón de Mérida, al rey Recaredo, a los embajadores Agila y Oppila, al general Claudio, al gobernador provincial Búlgar, al rey Sisebuto, al obispo Tajón de Zaragoza y al rey Ervigio. Del segundo bloque titulado "cuatro semblanzas breves" forman parte el asceta San Millán de la Cogolla, el obispo Marciano de Ecija, la monja de origen noble Benedicta y la reina Egilo. Al realizar una valoración de la distribución cronológica se aprecia que existe una escasa representación de la primera mitad del siglo VI, sólo San Millán de la Cogolla, mientras que a partir de ese momento hasta el final del reino visigodo hispano los protagonistas se distribuyen con más homogeneidad.

Dentro del listado sorprende no hallar a personajes de gran talla como los hermanos y metropolitanos de la sede sevillana, Leandro e Isidoro, el obispo Braulio de Zaragoza o el rey Leovigildo. El autor justifica su ausencia por la existencia de excelentes trabajos monográficos sobre sus figuras que hacen innecesario trazar su perfil.

El criterio de selección adoptado perseguía un doble objetivo. Por una parte, tenía en cuenta el interés que pudieran despertar los personajes y, claro está, la existencia de documentación sobre ellos. Por otra, se quería reflejar el carácter plural de la sociedad hispano-goda y así se elige a figuras de soberanos cuya política tuvo una especial trascendencia, reinas que desde su posición de esposas o de viudas influían significativamente en los acontecimientos, altos dignatarios de la administración y del ejército, obispos que se enfrentaron a circunstancias adversas o que adquirieron un carácter legendario en el mundo mozárabe y una mujer que formó parte del gran número de personas que adoptaron la forma de vida monástica.

Este trabajo de Orlandis se podría calificar de obra de divulgación, como los citados anteriormente, y está dirigido a un amplio sector de potenciales lectores. Para captar su interés se utilizan varios recursos. Las historias personales son concebidas como unidades en sí mismas, de forma que cada vez que aparece un personaje en "semblanzas" diferentes se explica de quien se trata. Ello, aunque en ocasiones resulte repetitivo, presenta la ventaja de que cada una de ellas se pueda abordar de forma aislada. Si a ello se añade la presencia de numerosos epígrafes, haciendo referencia a los principales puntos que se abordan, la lectura se ve claramente facilitada. Se ha suprimido igualmente el aparato crítico, imprescindible en todo trabajo científico, y solamente se enumeran al final de cada capítulo las fuentes literarias que informan sobre cada personaje.

Todos los recursos citados no son óbice para que el libro se mantenga en unas coordenadas elevadas dentro del conocimiento que se tiene de la Tardía Antigüedad hispana. Es más, la forma en la que ha sido concebido y el modo en el que se han expuesto sus contenidos contribuye grandemente a concebir la época hispano-visigoda como una realidad viva, no tan lejana a nosotros como inconscientemente podríamos considerar. Y, sobre todo, su amplia divulgación modificará marcadamente el escaso interés que para algunas personas despiertan los "visigodos", de quienes tuvieron noticia por primera vez durante su etapa escolar con la larga y aburrida lista de sus soberanos.

Francisco Salvador Ventura.

DETIENNE, M.: *La escritura de Orfeo*, Ed. Península, Barcelona 1990, (1ª Ed. 1989), Págs. 188, ISBN: 84-297-3194-6.

Bajo este interesante título Detienne nos muestra una recopilación de estudios dedicados, cómo no, a la mitología, el arte de su lectura, la invención y los usos de la escritura.

*Flor. II. 4-5, 1993-1994, pp. 509-572.*

El primero de ellos se centra en la figura del Minotauro, a través de la danza de la grulla y el laberinto, en tanto en cuanto lo que motiva la eponimia de la danza es todo el comportamiento de la zancuda, en tanto que representa y dibuja el laberinto y su travesía. Pues al igual que su prudencia sagaz le permite anudar los dos confines de la Tierra, así los bailarines del laberinto consiguen reunir la entrada y la salida, hacer coincidir el fin y el comienzo, franqueando lo infranqueable y atravesando un espacio sin referencia aparente, donde lo recto amenaza a lo curvo y, con su rectitud, une el fin y el principio.

El segundo, arrancando de los cuatro productos de Hera, nacidos sin otro padre que su madre, analiza en el espacio cerrado por las mujeres en el huerto, el insólito contraste entre la hija de Hera y el amante de Afrodita: dos adolescentes de resplandeciente belleza, uno de los cuales muere en una planta de la que el otro es fruto de oro. A partir de lo cual hace una bella exposición sobre la conexión entre la lechuga y el reglamento sexual del goce en Grecia, que desemboca en la visión aristotélica de inferioridad "menstrual" de la mujer como claro exponente de la ideología de una sociedad en la que, privada de la actividad política, la especie femenina ve negada toda forma de existencia en el dominio público.

El tercero se centra en el escabroso episodio de las Danaides y su relación con el agua, relación que será la fuente de la conducta matrimonial y elemento necesario para la correcta comunicación con la divinidad. Así pues, con las dos únicas Danaides que se niegan a ejercer la violencia sobre sus compañeros (Hipermestra y Amimone), la persuasión triunfa sobre la violencia, y la alianza de la pareja se convierte en paradigma del orden social, de un orden en el que el poder es compartido.

El cuarto se dedica a estudiar la fuerza del elemento acuático en la pareja Poseidón-Dioniso, refiriéndose a la llanura de la Argólida y a la doble presencia de Dioniso en Tmolos con el vino mezclado con agua y en Pompeya, donde bebe el vino puro.

El quinto gira en torno a la figura del olivo. En él se nos habla del uso que se hacía del aceite de los olivos sagrados (que recompensaba la victoria que, de modo privilegiado, confiere a un ciudadano de Atenas las virtudes religiosas de que se halla investida Atenea Niké), o cómo en las tres edades de la vida el ciudadano de Atenas confirmaban su solidaridad con el olivo, el árbol de la ciudad por antonomasia (*asté elaiá*); para centrarse posteriormente en la figura de Meleagro para mostrarnos el alcance político del mismo: en cuanto efebo que pasa su iniciación fuera de la ciudad, en territorio no cultivado, y que como nuevo ciudadano que se inscribe en el territorio de la ciudad, coincidente con el espacio cultivado.

El sexto toma como objetivo Hestia para tratar sobre la comensalidad y la igualdad política (imperativo de igualdad con sus dimensiones alimentarias, jurídicas y territoriales que rigen de manera casi tiránica la ciudad), y terminar señalando la misoginia de esta divinidad cuando nos referimos a su presencia en el Pritaneo.

El séptimo es realmente el primer capítulo dedicado al tema que da título a toda la obra: la voz de Orfeo. Esta es una voz anterior a la palabra articulada, y desde el momento en que penetra en el mundo de los hombres, más allá del primer círculo de los guerreros tracios, la voz se escribe, se hace libro, es escritura múltiple. Escritura que ordena prácticas, que prescribe conductas, que justifica comportamientos (p. 91).

El octavo propone una paradoja, y es la que produce el entrecruzamiento de la muerte y la vida de Orfeo con las parejas opuestas de Dioniso y Apolo; gracias a la cual descubrimos con una sola mirada, a través de Orfeo, una manera de considerar el politeísmo griego, una manera distinta de concebir las potencias divinas en sus relaciones internas y también en su relación con la especie humana.

El noveno, que lleva por título "también el rumor es un dios", se inclina por la inclusión de éste entre las "fuentes" de la Historia; y todo por las proximidades existentes entre *kledón* y *kleos*.

El capítulo décimo enfrenta el mito con la intención de desmenuzarlo, para lo que inicia con el intento de Rudolf Bultmann, teólogo protestante, por desmitologizar los evangelios y los textos neotestamentales. Entendiendo la desmitologización como la tarea de recuperar la intención religiosa oculta bajo las representaciones mitológicas. O sea, el verdadero debate se centra en torno a las relaciones entre mito e historia (comprobando con placer cómo el mito -noción o categoría- no deja de metamorfosearse) a lo largo de la Historia; consiguiendo realizar un trabajo excelente sobre la hermeneútica del mito, yo diría, el mejor de hasta los ahora leídos, fundamentalmente por su claridad, su ordenación y su bien hacer.

Y finalmente, el último capítulo, en íntima conexión con el anterior, sigue tratando el tema del mito a través del Timeo y Critias, la contraposición *mythos-logos* y la mitología/mitografía; para terminar exponiendo la idea de que ambas realidades pervivieron en Grecia, y que fueron analizadas e interpretadas por sus propios protagonistas, por lo que, como muy bien dice, "una manera griega que el análisis de los mitos, el nuestro, debe tener en cuenta e integrar en su propia lectura" (p. 152).

En conclusión, un libro muy en la línea de este erudito francés, que aunque a veces se repite en sus reflexiones, siempre nos sorprende con una u otra idea interesante; cosa que en este caso ha vuelto a conseguir con en el episodio de la

hermeneútica del mito o con el eje Apolo-Dioniso-Orfeo, o con la figura del Minotauro. Un placer, en suma.

Carlos Espejo Muriel.

GINESTET, Pierre.: *Les Organisations de la Jeunesse dans L'Occident Romain*. Colec. Latomus Vol. 213, Bruxelles 1991<sup>1</sup>, 336 págs., 11 láminas, ISBN: 2-87031-153-2.

Este alumno del gran Henri Irénée Marrou, conocido para los que estudiamos los *collegia iuvenum* tiene a bien en su prólogo explicarnos que pasó con su tesis que ya citara la profesora Jaczynowska y que nunca se localizaba en las bibliotecas (es una compleja historia pero marca la pauta de la agresividad de este señor respecto de su colega polaca). Una vez resuelto el problema nos ofrece un libro del que se hacía sentir su necesidad hace ya tiempo: la obra se divide en siete capítulos y un apéndice abultado que consta de diversos apartados como uno dedicado a las fuentes utilizadas, otro de tablas y cuadros estadísticos, la bibliografía y los índices.

El primer capítulo es más bien una introducción, y nace con una puesta al día del estado de la cuestión, desde la primera aproximación realizada por Juste Lipse hasta la obra de Néraudau, y la problemática de la terminología.

El segundo capítulo está consagrado al periodo arcaico (desde los orígenes de Roma hasta la reforma centuriada de Servio Tulio) en el que examina las organizaciones de jóvenes en una Italia constituida por pueblos y ciudades independientes en la que está naciendo la *Urbs*.

En él habla, cómo no, de los Lupercos y los Salios. De los primeros señala cómo a través de ellos se aprecia que Roma recibió de su fundador una organización iniciática clásica, que a fines de la República ya estaba muy degradada y mal vista. Sin embargo expone que en vez de hablar de esta degeneración y posterior pérdida del sistema iniciático-elitista de tipo primitivo perpetuado en Roma por estos Lupercos, sería mejor hablar de una influencia de otros sistemas menos elitistas pero más elaborados que le habrían permitido evolucionar (p. 40). Posteriormente se refiere a su irremediable final, por ese mismo carácter elitista, en clara oposición a la organización que englobaba al conjunto de los jóvenes romanos: la *Iuventus*, que supo adaptarse mucho mejor al paso del tiempo y al desarrollo de la ciudad. Entendiendo por *Iuventus*, el conjunto de jóvenes romanos organizados militarmente y bajo el mando de la ciudad. Por lo que constituye el ejército tanto de Roma primitiva como el de los pueblos vecinos hasta que se dividía

en tribus, que le hará desaparecer y Roma habrá perdido su oportunidad, con su reforma hoplítica, de que los jóvenes la defendieran.

El capítulo tercero cubre el final del período monárquico hasta la decadencia de la República. Partiendo con las reformas de Servio Tulio, y señalando que desde el momento en que Roma se embarca en la guerra de conquistas, la *Iuventus* continua existiendo y reclutando jóvenes, pero estos ya no acompañarán a la tropa ni serán héroes ni se hablará de ellos; por lo que a finales de la República la *Iuventus* no tiene ya ningún rol militar que jugar, había perdido su carácter paramilitar y lo único que le restaba tanto en Italia como en las provincias era su realidad como institución.

El cuarto capítulo se dedica al período de apogeo de las organizaciones juveniles: el Alto Imperio; analizando sus causas (así como la parte que le corresponde la evolución natural y aquella que le corresponde realmente a Augusto) y la situación jurídica de estas organizaciones (para lo que explica detenidamente cómo ha construido sus cuadros y sus mapas, de los que obtiene que no existe la homogeneidad, y que al menos bajo el Imperio, existieron numerosas formas de organización de jóvenes, como a continuación vamos a ver). En cuanto al factor cronológico, los términos más antiguos empleados fueron los de *sodales*, *iuvenes* y *iuventutes* (perduran hasta finales del siglo III o comienzos del IV), mientras que el término *collegium iuvenum* aparece a partir del 202 d.C. para desaparecer un siglo más tarde. Paralelamente el término *collegium Iuventutis* sólo se encuentra en un período aún más breve: como muy pronto con Caracalla (211-217) para terminar en el 242 d.C. De todos ellos propone que los *collegia iuvenum* fueron todos italianos salvo uno, mientras que los *collegia iuventutis* eran todos provinciales. Los *iuvenes*, sin precisión de organización, son casi tres veces más numerosos en Italia que en las provincias, y que las *iuventutes* no arcaicas son más numerosas en las provincias. Por lo que llega a la conclusión de que las organizaciones itálicas doblan a las provinciales.

En cuanto a la repartición geográfica, estuvieron por todo el occidente romano, destruyendo la teoría de que en Africa no había y que por lo tanto el papel de los colegios lo desempeñaban las curias.

En cuanto a la figura de Augusto y su polémica actuación (polémica en tanto en cuanto se ha cuestionado, y no sin razón, su protagonismo), se puede sostener que su actuación en favor de las organizaciones de jóvenes-infantes se centró en la renovación del *lusus Troiae* (dejándonos ver la preocupación de Augusto por la política dinástica) y en la denominación de sus nietos Caius y Lucius como *Principes Iuventutis* o en la inspección anual (*Transuectio Equitum*) de los jóvenes hijos de senadores y equites, cual desfile de caballería. Sin embargo, hiciera lo que hiciera, todo se dirigía hacia los jóvenes miembros de las clases

dirigentes, por lo que realmente no hizo nada que concerniese a la totalidad de la masa de jóvenes romanos.

Le siguen dos capítulos (el quinto y el sexto) que versan sobre la organización interna y las estructuras de las distintas organizaciones censadas por una parte, y sus actividades, por otra. Destacamos la conexión que realiza entre el *Praetor* o el *Praefectus Iuventutis* y el carácter paramilitar de la institución, pues según él, sus propias funciones confirman este carácter de las *Iuventutes*, pues al no ser colegiadas como todas las magistraturas civiles, ejercen en solitario los órdenes militares. También es digno de destacar la observación que realiza sobre la coexistencia en las mismas organizaciones de los *Quinquennales* y los *Magistri*, que a su entender indica que estaban, como los *Ilviri quinquennales* de los municipios, o como sus colegas, investidos de un mandato anual, pero que ejercían sus funciones el año del censo de la ciudad.

En cuanto a las actividades (que eran cuatro: juegos, rol militar, culto y papel político) hemos de señalar la división que realiza respecto del primer punto, pues distingue tres y no dos actividades distintas: los *Iuvenalia* ligados a los antiguos *sacra*, los *Iuvenalia* imperiales y el *lusus iuvenalis* que de vez en cuando llamamos *Iuvenalia*. Respecto del segundo, y viniendo de este autor, cómo no subrayar el rol militar sabiendo además que si las *Iuventutes* primitivas habían cesado de jugar un papel militar en Roma o en Italia muchos antes de fines de la República, las de las provincias habían asistido en contraposición, a comienzos del Imperio, al estado de evolución en el que estaban las *Iuventutes* italianas a comienzos de la conquista romana: estaban preparadas para abastecer de combatientes al ejército y en caso de necesidad, a intervenir solos, como auténticos cuerpos de tropa. Por lo que concluye que todas las organizaciones o *collegia iuvenum* de Italia fueron escuelas de cuadros militares.

En cuanto a la actividad religiosa señala la diferencia existente en la naturaleza de los dioses adorados en Italia, por un lado, y en las provincias, por otro. Sin embargo, en contraposición a esta extendida labor, está la escasa presencia del elemento político en estas organizaciones.

Por último, el capítulo séptimo concluye con el Bajo Imperio y el final de los *Iuvenes*, pues como muy bien expone: "si la juventud de Roma se encarnaba en su *Iuventus*, el fin del Imperio romano coincidió con la de sus *iuvenes*".

Señalar sólo el dato curioso que no cita bien a nuestro colega Santero Santurino (suponemos que se debe a que no se fijó bien), sino que siempre que se refiere a él (y lo hace varias veces, concretamente una para decirle que de las cinco inscripciones que ofrece en España, una debe ser rechazada) lo hace como "Santorino".

Carlos Espejo Muriel.



GRANDAZZI, Alexandre.: *La Fondation de Rome. Réflexion sur l'histoire*, Ed. Les Belles lettres, Paris 1991<sup>1</sup>, 338 págs., ISBN: 2.251.38010-X.

Esta magnífica obra del que fuera miembro de l'École française de Rome durante los años 1984-87 y actual profesor de la Universidad de Paris-Sorbonne (Paris IV), nos aproxima de una forma magnífica a una importante reflexión sobre los orígenes de Roma. Para ello ha organizado concienzudamente este trabajo, como veremos más adelante, dividido en tres partes principales, además de la consabida introducción, conclusiones, un apéndice con dos mapas y una bibliografía muy bien resumida; todo ello precedido de un breve prólogo del profesor Grimal.

La primera parte, que lleva por título "prolégomènes à toute histoire future des origins de Rome qui pourra se présenter comme science", es una reflexión histórica sobre los últimos avatares y consta de cuatro capítulos: en el primero, que llama "la época de la filología" hace un estudio sobre todos los trabajos que han aparecido desde la obra de Louis de Beaufort en 1738 hasta la de Gaetano de Sanctis, sobre los orígenes de Roma, o lo que el prefiere denominar como "primordia" (o lo que es lo mismo, hasta el triunfo de la arqueología, que es precisamente lo que le da pie para comenzar su segundo capítulo). Este comienza con los hallazgos etruscos y los trabajos en el Foro de Giacomo Boni, siguiendo con el hallazgo del *pomerium* y los trabajos de Gjerstad, hasta ajustarle las cuentas tanto a la escuela "fidéiste" como a la hipercrítica, con el ánimo de que trabajen juntas, por el bien de los estudios clásicos. En cuanto al tercero, se ocupa de la hermenéutica de G. Dumezil como una vía intermedia de trabajo respecto de las dos escuelas anteriormente criticadas. Así, expone que la interpretación hermenéutica tiene que orientarse hacia el mito, y señala como máximo exponente a A. Alföldi, para, desnudando la obra de G. Dumezil, decir que el mito en Roma se debe explicar más a menudo en función del ritual religioso y de enraizamiento en el contexto topográfico, cultural, institucional, etc.; cosa con la que estamos perfectamente de acuerdo. Para terminar exponiendo el enfrentamiento entre éste y A. Momigliano, con el artículo publicado en *the Journal of Roman Studies* en 1962, en el que criticaba la estructura tripartita indoeuropea que Dumezil había construido a partir del orden lingüístico.

Por lo que respecta al cuarto capítulo (la dimensión "historiológica", que denomina así para distinguirla de la historiografía que designa normalmente la literatura histórica existente sobre un tema determinado. La idea le viene de un artículo denominado "L'Avenir du passé: de l'histoire de l'historiographie à l'historiologie" publicado en la revista *Diogenes* 151, en 1990) apela a la "interdisciplinaria", sobre todo entre arqueología, fuentes literarias, historias de las religiones, derecho, mitología, etc., pero entendida como un todo; o lo que es lo

mismo, por la práctica de la historiografía crítica y reflexiva que conocemos como "historiología" (osea, un análisis no limitado solamente a los aspectos cognitivos y válidos como el único medio para evitar las deformaciones debidas al doble prisma de una tradición antigua y moderna particularmente densa).

La segunda parte, intitulada "Aurore" consta de cuatro capítulos. El primero versa sobre el Lacio, el cual, con las nuevas técnicas de estudio del territorio, señala como un lugar más que adecuado para el establecimiento de comunidades humanas. El segundo, sobre Roma, en el que establece una relación primordial o esencial entre la ciudad y el río, exponiendo que hacia el siglo décimo a.ne. e incluso antes, existió un centro de gravedad geopolítica próximo a los montes albanos y a la parte suroriental del Tiber, que se desarrolló sobre la orilla derecha del mismo, sobre la misma orilla que encontramos, en época arcaica otros asentamientos como Antemnae, Fidines, Crustumerium y Ficana, que posteriormente Roma someterá para asegurarse el control de todo el valle (por ello la isla tiberina desempeñará un papel determinante en la fundación de Roma). A esto hay que añadirle la transformación de la via Salaria en via Campana que propone en este capítulo.

El tercero trata también del Lacio pero analizado desde la caza del tesoro a la arqueología moderna, contraponiendo los móviles de finales de siglo con los actuales, para el bien de los estudios sobre los *primordia* romanos. Mientras que el cuarto (sobre el orden de los tiempos) estudia los estratos anteriores a los orígenes de Roma, señalando que no es posible percibir arqueológicamente la existencia de un *ethos* latino antes del siglo X (p. 164).

Por último, la tercera parte que lleva por título "et Rome devint une ville", consta a su vez de tres capítulos. En el primero sobre ligas, aldeas y federaciones, corrobora que en las fases más antiguas de la civilización del Lacio, o sea entre siglo XI y el VIII a.ne., no existe por ninguna parte un centro de tipo urbano, sino cabañas de tipo comunitario (habitat disperso) que posteriormente los lazos religiosos unieron entre sí (orilla derecha, capitolio, foro, palatino,...). También analiza la fiesta *Septimontium*, gracias a lo cual puede señalarnos el hecho de que no aparezca ni el Capitolio ni el Quirinal, hace pensar que la fundación de Roma no había tenido lugar aún, por lo que realmente esta fiesta representa una solidaridad de tipo político, pues el conjunto de todas estas aldeas es lo que posteriormente va a ser Roma (por lo que no será una ciudad sino una liga) (p. 194).

El segundo capítulo, sobre el nacimiento de la ciudad, arranca con el debate de dos posturas enfrentadas, de todos conocidas: el sinecismo y el desarrollo nuclear-lineal, teniendo además como ejes los poblamientos primitivos del Capitolio y del Palatino, para luego negar ambas propuestas y aunarlas en el caso concreto

de Roma. Así llega a decir que la noción de fundación debemos hoy día rehabilitarla, pero sin abandonar la noción de formación, puesto que el nacimiento de Roma fue el resultado de una fundación que supuso ella misma una formación ya en curso. Dicho de otro modo, la fundación no excluye para nada la formación, sino que una fue necesaria para que la otra fuera posible.

A continuación analiza el nombre de Roma, pero no cree que naciera de la nada ni que fuera de origen etrusco, sino que se inclina más bien por ligarlo a un origen itálico relacionado con las mamas de los animales y las formas de las montañas de Roma (p. 229).

Resumiendo: Roma nació pues a mediados del siglo VIII sobre la colina del Palatino por un proceso de densificación y de agregación demográfica que hemos visto en la fiesta *Septimontium* (que también se estaba dando en esos momentos en Grecia) y por la influencia de civilizadores venidos de Grecia o de la Magna Grecia (testimoniados por la inscripción a los dioscuros y por los restos cerámicos griegos del siglo VIII), y todo ello acompañado por la presencia de comerciantes fenicios, por los grandes cambios que sufre la Etruria vecina, por la intensificación de los intercambios, por la progresiva especialización de las actividades artesanales y por la afirmación de una aristocracia que se reconoce y se agrupa tras jefes carismáticos como pudo ser Rómulo.

El capítulo tercero trata de las vías de la memoria y voluntariamente las desplaza a esta posición final, tras ser analizado el fenómeno en profundidad en el capítulo que acabamos de dejar; sin embargo aquí lo que hace es un repaso historiográfico en el que vale la pena destacar las conclusiones que ofrece del trabajo del polaco A. Ziolkowski sobre la incontestable bipartición de la comunidad romana a través del estudio de la localización de los templos de la Roma republicana, y las conclusiones que sobre el tan discutido tema de la *Roma Quadrata* expone (debido a un efecto metonímico designará tanto la colina palatina como el espacio a definir).

De este modo este magnífico libro empieza y acaba hablando, tal y como se lo propone el autor, de la fundación de Roma; liberando al mito o a la leyenda de esa cruz (permítaseme la expresión) que la escuela hipercrítica le había colgado, y provocando una convulsión en nosotros mismos cuando dice que son nuestros propios criterios de apreciación los que tienen que cambiar y no los orígenes de la capital del mundo.

Carlos Espejo Muriel

KLEIJWEGT, Marc.: *Ancient youth. The ambiguity of youth and the absence of adolescence in Greco-Roman society*. J.C. Gieben Publisher, Amsterdam 1991<sup>1</sup>, 401 págs., ISBN: 90-5063-063-4.

La obra que a continuación discutiremos tenía verdaderas ganas de leerla desde que tuve conocimiento de su publicación, y por fin pude hacerlo, la lástima fue que como suele ocurrir cuando has deseado mucho algo, al final no te satisface del todo. Y desgraciadamente así ocurrió con este libro de Kleijwegt de la Universidad de Leiden y discípulo de los profesores H.W. Pleket y H. Versnel. La obra consta de una introducción, diez capítulos (once si tenemos en cuenta las dimensiones de la bibliografía: 46 páginas) más los índices.

Parte de las siguientes premisas: hubo un sentimiento generalizado en el mundo antiguo y éste consistía en que el adulto era el estado más importante de la vida de una persona, y por lo tanto, los demás eran inferiores. Aunque esto no implica que no apreciaran a los niños, pero sí que los considerasen como "adultos con defectos". Y que las sociedades antiguas no estuvieron ausentes de rebeliones contra el mundo de los adultos, aunque cuando ocurrieron no dejaron de ser un incidente en un mar de complaciente obediencia.

El primer capítulo, que es un capítulo introductorio, trata brevemente los puntos de vista de Margaret Mead y Philippe Ariès sobre la infancia y la adolescencia, así como el desarrollo de algunas de las reacciones a favor y en contra que han suscitado, con el fin de mostrar que la existencia de esos dos estados en los períodos históricos (y concretamente en los dos últimos siglos) es menos que evidente, llegando a sugerir que cuando no existe un concepto específico de infancia, tampoco lo hay de adolescencia.

El segundo capítulo, sobre juventud o adolescencia (que él centra de 12 a 20 años, aunque reserva el término *adolescente* para las edades entre 12 y 18, mientras que los jóvenes serían un grupo de edad que superaba los 18 años) expone con cierta osadía bien intencionada que aunque los jóvenes hubieran alcanzado su desarrollo físico que les permitía el paso al mundo de los adultos, éste bloqueaba aún su ingreso porque en el fondo sólo deseaban mantener las diferencias de sexo y género que sustentaban todo el entramado social (por ello decide utilizar el vocablo "ambigüedad").

Por lo que respecta al tercer capítulo, ya sí más centrado en el mundo clásico (pues hasta ahora se perdía mucho en las disquisiciones sobre las sociedades preindustriales y la Francia pre o post-revolucionaria) mantiene para empezar que el adolescente romano y el moderno o actual no son la misma cosa. Para ello empieza negando la definición que otorgara Eyben en 1977 y que creemos equivocada (no la del autor sino la de Eyben), con el ánimo de llegar a la

problemática central del capítulo que se trata, de la ausencia de conflictos generacionales en las sociedades antiguas. Entre las razones que ofrece llama la atención la que expone la ausencia de una subcultura juvenil en Grecia y Roma (aunque en el caso de la efebía griega lo matiza).

El capítulo cuarto se centra en el papel llevado a cabo por las escuelas y la educación en el mundo clásico, pero dividió en distintas parcelas: la iliteralidad del mundo antiguo, la educación como estatus determinante y viceversa, la conciencia de grupo de edad entre los pedagogos, etc... El resultado final es que no hubo, o fueron escasas, las escuelas estatales organizadas por niveles, que el móvil del educador nunca fue el del Estado, que el sistema escolar, especialmente para los más pequeños, fue deficitario, etc... lo que conllevó que un considerable grupo de muchachos fueran excluidos de las facilidades educativas. Y todo ello se sintetiza en una relativa falta de interés por las edades jóvenes y adolescentes. Como bien dice, el ideal era crecer lo más rápido posible y olvidarse cuanto antes de los años que antecedían a la madurez (p. 132).

Los capítulos quinto y sexto los dedica a discutir de dos grupos profesionales adultos (los físicos y los abogados) que permitían en su fuero interno y en su actuación, participar a los más jóvenes. Con ello pretende corroborar que ambos estadios de la vida (adolescencia e infancia) no recibieron especial atención en Grecia y Roma, sino que la madurez y sus cualidades eran dominantes, y que ésta se podía alcanzar a cualquier edad.

Así pues, y según él, la imagen que del joven en el mundo clásico empieza a aparecer es ambigua (para unas cosas hemos visto que son adultos, mientras que para otras son todavía niños), por lo que en el capítulo séptimo, que dedica a la juventud senatorial, muestra que los jóvenes desarrollaron un papel esencial en la política pero en una posición subordinada con respecto a los políticos mayores; por lo que el senado romano funcionó como una perfecta gerontocracia: los viejos mandaban y los jóvenes obedecían.

El capítulo octavo traza la diferencia, pues contrariamente a lo que hemos visto en el capítulo anterior para el caso de la carrera senatorial no tenemos ninguna indicación de que se pidiera un mínimo de edad para empezar la carrera militar de un caballero romano. Así, en los dos últimos capítulos auna las dos posibilidades que hasta ahora teníamos recogidas: por un lado tenemos la impresión de que las aportaciones de los jóvenes al universo político fueron sino escasas sí débiles; y por otro, que fueron activos en ese universo desde una edad temprana aunque no en todos los niveles pero sí en los más elevados. Con esto se aprecia la popularidad que empezó a tomar la imagen del joven como un "aprendiz de adulto" y todo ello mediatizado por la figura helenística del joven benefactor, aunque se eche en falta una reflexión sobre los *collegia iuvenum* precisamente en este apartado

sobre inscripciones honoríficas y el *cursus honorum* de las aristocracias locales. Sin embargo, es interesante el contraste que realiza, ricamente documentado, a través del cual señala que no cree que los hijos de las familias bien establecidas en Roma tuvieran que esperar a tener 25 años para empezar su carrera, sino que éste era un privilegio del que gozaban (llega a presentar una inscripción vienesa del siglo II o III -CIL XII5864- en la que son mencionados dos mellizos de ¡17 años! como miembros de la curia municipal). Con lo que vuelve a hacer hincapié en que si esto sucedía así, no era porque estaban considerados como adolescentes o niños sino en su rol de "aprendices de adultos". Para terminar expone unas tablas que contienen los consejeros o cancilleres y magistrados menores de 25 años, y las magistraturas que superan esos 25.

No podemos terminar esta reseña sin hacer un breve comentario sobre lo que no aporta este trabajo. Es una lástima que el autor no haya querido seguir reflexionando sobre este interesante tema, sobre todo cuando está tan bien preparado para hacerlo, no sólo a nivel bibliográfico sino a nivel intelectual. Con ello queremos decir que como primer paso esta reflexión sobre el estatus de los jóvenes desde el punto de vista político está bastante bien (aunque a veces se pierda con sus paralelismos modernos o contemporáneos), pero se echa de menos una continuación en otras parcelas que son especialmente ricas para considerar la adolescencia, nos referimos a los ritos, las fiestas, la religión, la familia y cómo no, la sexualidad (si algo está claro en la adolescencia son los cambios físicos que se producen y que tienen un lenguaje social que expresar). A parte de ello, el autor no ha querido entrar para nada (sólo hay una mención en toda la obra) en los ritos de pasaje, en la condición de liminalidad, o incluso en la consideración de grupo de edad en otros ámbitos, que como el festivo, sí es palpable. Por desgracia para los que nos hemos sentidos atraídos por el tema, existe una especie de desazón cuando uno termina de leer este trabajo, desazón que es aún mayor por la complicidad que sugiere, cuando entre líneas parece decirnos el autor todos los temas que podía haber tocado y no hace, no se atreve o no tiene ganas de continuarlos, y eso es una gran cobardía, si se me permite la expresión, en una obra con un título tan sugestivo como la que tenemos presente.

No quisiera repetirme. El libro como primera aproximación y desde el punto de vista político, está bastante bien; cosa que no podemos decir desde un marco más general y que indudablemente se echa en falta. Hay una serie de lagunas muy importantes en el sistema de parentesco o en la organización misma familiar, gentilicia o política de Grecia y Roma. Y por supuesto no se entiende que no haya hecho ni siquiera la más mínima reflexión al apartado sexual, del que tanto habría que decir. En fin, sólo puedo decir que es una verdadera lástima.

Carlos Espejo Muriel.

LUZZATTO, L. e POMPAS, R.,: *Il significato dei colori nelle civiltà antiche*, Ed. Rusconi, Milano 1988<sup>1</sup>, 262 págs., 28 láminas en color, ISBN: 88-18-12072-7.

Ambas son profesoras de la Academia de bellas artes de Brera y se centran en el estudio de las civilizaciones mediterráneas pre-cristianas. Como dicen ellas en la introducción, sus reflexiones no deben ser consideradas exhaustivas sino que sólo intentan ayudar en la continua reflexión sobre el universo misterioso y fascinante de los colores. Reivindican el color en la antigüedad y para ello culpan al Neoclasicismo y a la difusión del blanco napoleónico, así como a la confusión de las copias helenísticas con sus originales clásicos. Y mantienen que tanto en Mesopotamia como en Egipto, como en Palestina, como en Grecia y Etruria, los colores tuvieron al mismo tiempo, una función decorativa, simbólica y mágica. En realidad las innovaciones son escasísimas, pues lo que han hecho ha sido recoger muchos textos antiguos en los que aparecen los términos de color y agruparlos por campos, por lo que no hay una reflexión detenida que les hubiera llevado a nuevas aproximaciones y no a las ya conocidas. Osea, un trabajo bien hecho, ameno e interesante, dado que todo lo que se sabe está aquí recogido, pero al que no se le puede pedir más. Una cosa, la bibliografía sobre el tema es escasísima, pero aún así citar a Issac Asimov me parece un resultado poco menos que desesperado.

Hemos de destacar su aportación al complicado debate sobre el minio en el Triunfo romano, en cuanto que lo considera no sólo como lo hizo M. Eliade (divinización del personaje) sino con un importante valor apotrópico y catártico ante las posibles consecuencias de la violencia en el campo de batalla.

Carlos Espejo Muriel

FREYBURGER-GALLAND, M.L.,: *Sectes religieuses en Grèce et à Rome dans l'Antiquité Païenne*, M.L. Freyburger-Galland, G. Freyburger et J.C. Tautil, Ed. Les Belles Lettres, Paris 1986<sup>1</sup>, 338 págs., 16 láminas, ISBN: 2-251-33809-8.

Esta obra de la colección *Realia* con un título muy pretencioso que lamentablemente no corresponde con su contenido, versa, como su propio título indica, sobre las sectas en el mundo antiguo, entendiendo por secta, el sentido más amplio de asociación cultural marginal.

Para el estudio de éstas el libro se divide en tres partes, cada una de ellas realizada por uno de estos tres profesores de *l'Université de Haute Alsace*: la primera se centra sobre las sectas religiosas en Grecia y está a cargo de M.L. Freyburger-Galland; la segunda, que trata sobre las sectas religiosas en la Roma

republicana y a comienzos de la época imperial la realiza G. Freyburger, mientras que la tercera, sobre las sectas de época imperial bien asentadas: las de Isis y Mitra, está a cargo de J.C. Tautil. Pero además, está acompañado al final de un libretto que contiene un listado cronológico, un léxico, un índice de los principales autores antiguos citados, otro de las principales nociones y de los principales nombres de ciudades, un mapa de la cuenca mediterránea y una bibliografía escasa, poco actualizada y en la que no aparecen obras especializadas muy dignas de ser tenidas en cuenta como el *Homo Necans* de W. Burkert, "le sacrifice dans l'Antiquité" de J. Rudhardt et O. Reverdin, "Dionisio a cielo abierto" de M. Detienne, *Dionysos* de W. Otto, "The mysteries of Eleusis" de G. D'Alviella, o "Eleusis and eleusinian mysteries" de G. Mylonas, por citas sólo algunas.

La Primera parte (dividida en cuatro capítulos), tras una introducción muy genérica, trata los misterios de Eleusis, el culto dionisíaco (Leneas, Antesterias, las Grandes y Pequeñas dionísias y sus misterios), otros cultos marginales como el de Cotis, Adonis, Cibele y Atis; para terminar con el estudio de dos grandes sectas filosófico-religiosas como son el orfismo y el pitagorismo.

En ella nos ofrece una información muy genérica y conocida, bastante descriptiva y que no aporta ninguna novedad (a veces, no con graves lagunas interpretativas, pero sí por lo menos con ausencias graves en cuanto a discusión se refiere de ciertos presupuestos, como es el caso de que no aparezca citado por ninguna parte el magnífico trabajo de M. Detienne sobre los jardines de Adonis, lo que hace pensar que ni siquiera lo conoce, y teniendo en cuenta el año de publicación de este libro, es grave).

La Segunda parte, que consta de una introducción y dos capítulos, versa sobre las Bacantes y los Pitagóricos. De ésta hay que destacar sólo la parte dedicada a la represión por parte de Roma, en 186 a.C., de las Bacanales, no porque suponga novedad alguna, sino todo lo contrario, porque una vez conocida la obra de J.M. Pailler, *Bacchanalia. La répression de 186 av.J-C. à Rome et en Italie*, Roma 1988, es difícil abordar este tema; lástima que apareciera dos años después, y por lo tanto, sin poderla consultar, pero aún así, se echa de menos un poco de reflexión ante tanta descripción generalizada.

La Tercera parte, que está dedicada especialmente a Isis y Mitra, se diferencia de las dos anteriores en que, si bien se mantiene en la línea de ofrecer información muy genérica, por lo menos otorga mayor importancia a la reflexión y por lo tanto, abre nuevos caminos a la teorización uniendo distintos puntos de vista o abriendo nuevos debates en distintos aspectos del culto y de sus seguidores.

Resumiendo: el libro trata de la actitud del Estado y de la población con respecto a las sectas, actitud que va desde la persecución a la integración con todas sus etapas intermedias. Todos los grupos culturales aquí descritos presentan una



serie de elementos en común, como son su aspecto exótico, extraño y disconforme, su carácter oriental y secreto, su vasto sincretismo, su proximidad en los elementos rituales y doctrinales así como en el terreno jurídico y sociológico. Pero el elemento especialmente en común que todas ellas presentan es la ceremonia de la Iniciación (destinada a revelar las verdades y asegurar la cohesión del grupo), por eso, llama la atención que no exista capítulo alguno dedicado a ella (no en tanto ceremonia como sí en tanto rito de pasaje); al igual que otro factor desafortunado del libro es su reiterado interés por establecer simetrías entre las sectas antiguas que aquí se estudian y las existentes hoy día en nuestro países, en vez de reflexionar sobre el por qué la humanidad necesita o recurre en un momento determinado a las sectas religiosas. Por todo ello, quizá el capítulo de conclusiones sea el más rico y más interesante de todo el libro pues es el único lugar al que se le cede espacio a la discusión y al debate con presupuestos tentadores, que si se hubiesen multiplicado a lo largo de la obra, hubiera adquirido ésta otro carácter mucho más rico, interesante y novedoso, y no el aspecto tedioso que por desgracia presenta.

Carlos Espejo Muriel

DONADONI, Sergio (ed.),: *El hombre egipcio*. Versión española de M. García Galán, J. Setó Melis, B. Urrutia Domínguez y V. Andresco Peralta. Alianza Editorial, Madrid 1991 (1ª ed. 1990), 351 págs., 12 láminas e ISBN: 84-206-9613-7.

He aquí uno de los libros que de la colección sobre "el hombre europeo" ha tenido el acierto de ofrecernos la editorial Alianza. De ella ya conocíamos aquel dedicado al "hombre romano" de A. Giardina, y ahora nos encontramos ante esta obra bajo la dirección de S. Donadoni, quien, reflexionando sobre la escasa tentación de autodescripción de teorización sobre sus estructuras o de recolección del patrimonio histórico o jurídico que tuvo el antiguo Egipto; nos ofrece una interesantísima obra, que como él dice, es fragmentaria, casual, carente de un marco y dispar, pero que sumados todos sirven perfectamente para componer "una representación prismática de una única realidad, aquella que en la civilización egipcia posee, con mucho, el mayor peso: la institución del Estado" (pág. 18).

Para esto, y para facilitar la comprensión del Egipto antiguo en relación con el mundo cultural en el que vivimos, opta el director de la obra por un recurso pedagógico y metodológico entrañable: la cooperación de varios estudiosos de procedencia diversa y distinta edad. Con ello consigue que cada uno de los personajes que dan título a los distintos capítulos puedan ser observados de modo

apasionante a la vez que profundamente documentados, ofreciéndonos un cuadro descriptivo increíblemente rico.

La obra en sí está estructurada en 10 capítulos, junto con un mapa y una tabla cronológica que tiende a bajar todas las fechas; y cada capítulo, que normalmente suele ir bien acompañado de textos, consta al final de unas referencias bibliográficas dado que no existe ninguna nota a lo largo del texto.

El primer capítulo que versa sobre el Campesinado lo realiza Ricardo A. Caminos (pp. 23-51), quien consigue maravillarnos con la dureza descriptiva de su relato. Es tal la minuciosidad de su descripción y tan rica y variada en todos los campos que analiza, que empuja a su lectura de un modo apasionante (sobre todo para todos aquellos que cada vez más somos "animales urbanos"), subrayando las pésimas condiciones de vida de este último escalafón social.

El capítulo segundo, dedicado al Artesanado, lo realiza D. Valbelle (pp. 55-79), quien considera demostrado desde el Imperio Medio la existencia de ciertas categorías de mano de obra y la expresión de identidad de las mismas; aún así, su trabajo es frío y no muy claro, salvo para la parte referida a la movilidad social del Imperio Nuevo.

El tercero lo realiza A. Roccati (pp. 83-106), quien se ocupa magníficamente de la figura del Escriba, mostrándonos la interesante asociación existente en Egipto entre lengua y escritura, sometidas posteriormente a las exigencias rituales; así como los pasos del escriba: del plano de "inventor de la escritura" al de "inventor de textos", y posteriormente a "productor de cultura".

El cuarto capítulo (del que no podemos decir que sea ameno) está a cargo de O. Berlev (pp. 109-141) y versa sobre el Funcionariado, mientras que el quinto, de S. Pernigotti (pp. 145-175) sobre el Sacerdocio, de quien muy justamente realiza dos valiosas aportaciones: una, que pese a la especial naturaleza de las fuentes que conocemos, su desarrollo histórico no se detuvo; y dos, que carece de sentido histórico, religioso y político presentar el clero egipcio como una realidad distinta y opuesta al poder civil, señalándose, además, como también en el capítulo tercero, la estrecha ligazón entre religión y magia.

Dedicado al Soldado está el sexto capítulo de quien es autor S. 'Ibada al-Nubi (pp. 179-210), el cual nos conecta la figura de éste con la formación de una "burguesía" ciudadana en Egipto.

El capítulo séptimo, sobre el Esclavo, está a cargo de A. Loprieno (pp. 213-245), quien a pesar de la discusión que aún hoy sigue levantando la hipótesis misma de la presencia de una forma cualquiera de esclavitud de tipo clásico en el valle del Nilo, nos sugiere que la esclavitud nunca estuvo considerada por la cultura egipcia como una condición humana bien definida.

El octavo, sobre el Extranjero (que no sobre su estatus), lo lleva a cabo E. Bresciani (pp. 249-279) quien tiene a bien presentar una rica bibliografía muy reciente.

El capítulo noveno, sobre el Muerto, lo realiza el mismo Donadoni (pp. 283-307) quien a través de estas páginas justamente recupera el carácter no exclusivamente funerario de esta interesante civilización, sin dejar por ello de sorprendernos con sus interesantes reflexiones sobre el complicado cosmos del difunto que se aferra al vivo.

Y ya para terminar, el último capítulo está dedicado a la figura del Faraón a cargo de E. Mornung (pp. 311-340), quien con su brillante trabajo nos muestra el carácter innovador que tuvo la institución monárquica a lo largo de toda la historia de Egipto.

Carlos Espejo Muriel.

VERNANT, J.P. (Ed.): *El hombre griego*, Versión española de P. Bádenas de la Peña, A. Bravo García, A. Ochoa Anadón. Alianza Editorial, Madrid 1993 (1ª Ed. 1991), 340 págs., 10 láminas e ISBN: 84-206-9657-9.

Este segundo volumen, de la serie "el hombre europeo", se articula de manera semejante al anterior, salvo que en este caso los capítulos son nueve, más la rica introducción que realiza el coordinador de la misma, como es J.P. Vernant. Este nos indica en la misma que su objetivo ha sido mostrar una serie de cuadros que no constituye una sucesión de ensayos yuxtapuestos sino un conjunto de elementos que se entremezclan y completan para formar una imagen original cuyo equivalente exacto no podemos encontrar en ninguna otra parte (p. 12); teniendo en cuenta, además, que cada especialista se ha ceñido efectivamente a limitar su análisis a un aspecto del tipo de comportamiento, para destacar así, en la vida del griego antiguo, una serie de planos distintos y que van a formar el entramado de esta interesante obra.

El primer capítulo (pp. 33-63) sobre el hombre y la economía, lo realiza Cl. Mossé, y lo hace estupendamente bien, articulando el trabajo en una serie de ejes (el campesinado, el artesanado, la minería, la actividad comercial -en la que niega una vez más el carácter agrícola de la colonización- y la pesca -aunque a esta última sólo le dedica unas líneas) cuya base principal es la ligazón existente en el mundo griego entre el individuo y la ciudad. Sin embargo, no lo hace también el traductor (Pedro Bádenas) quien al final del capítulo, en las referencias bibliográficas, olvida mencionar que hay edición en castellano de "le Chasseur noir" de P. Vidal-Naquet, en Península, Barcelona 1983.

El segundo capítulo (pp. 65-99) titulado "el Militar" a cargo de Y. Garlan, para empezar señala que a pesar de su activismo guerrero, el hombre griego sin embargo no puede definirse como un *homo militaris* si se entiende por ello una persona que gusta de la violencia por la violencia, indiferentemente de las formas que revista y de los objetivos que se persigan. Posteriormente se centra en la figura del hoplita, de la que se puede extraer interesantes conclusiones y de la que merece destacarse que no se ha olvidado de mencionar el carácter iniciático de tantas pruebas a las que se sometían los jóvenes guerreros. No obstante, el esquema que utiliza no es muy lógico, o al menos no se puede decir que sea asequible; todo lo contrario de lo que ocurre con sus ricas referencias bibliográficas.

El capítulo tercero (pp. 100-137) que lleva por título "hacerse hombre", lo realiza G. Cambiano. Este comienza con una brillante exposición sobre los nacimientos con sus distintas manifestaciones (ya fuese mujer, hombre libre o esclavo) destacando las connotaciones homoeróticas del rito de pasaje y las vinculaciones religioso-festivas entre estos grupos de edad y la ciudad (aunque para el caso concreto del travestismo ritual propone una interpretación con la que no estamos de acuerdo, pues no es que según un procedimiento típico de los ritos de pasaje, mientras se dramatizaba el acceso a la virilidad se atenuaba al mismo tiempo la transición al nuevo estado mediante un vínculo con la condición "femenina" de la infancia, vivida en la propia casa; sino que con la acción de travestirse se pretende aproximar al muchacho al reino todopoderoso de las potencias femeninas que son las que pueden acceder al universo religioso, mágico y sagrado). Finalmente termina con la salud del alma, o lo que es lo mismo, con el noble arte de filosofar, que era la vía más adecuada para cumplir el objetivo de hacerse hombre fuera del ámbito de la ciudad.

En cuanto a la bibliografía, el traductor sí recoge esta vez la edición castellana de la obra anteriormente citada de Vidal-Naquet, pero no hace lo mismo con las obras de E. Cantarella ya traducidas al español: "La calamidad ambigua. Condición e imagen de la mujer en la antigüedad griega y romana", Ediciones Clásicas, Madrid 1991 y "Segun Natura, La bisexualidad en el mundo antiguo", Ed. Akal, Madrid 1991 ; o con la de H.I. Marrou, "Historia de la Educación en la Antigüedad", Ed. Akal, Madrid 1985.

El cuarto capítulo (pp. 139-173) titulado "el ciudadano" de L. Canfora se divide en dos partes: una, el trabajo propiamente dicho (pp. 139-164) y dos, una apéndice documental que comprende las páginas 165 a 173, con distintos textos clásicos. Trata precisamente de la aristocracia como protagonista de la experiencia política, en cuanto condensadora de la identidad ciudadano-guerrero (que subraya para el caso de las democracias marítimas, con la ascensión a la dignidad de ciudadanos-guerreros, de los marineros).

El quinto capítulo: "el hombre y la vida doméstica", de J. Redfield (pp. 175-210), con el que pretende exponer la "idea" de lo doméstico entre los griegos (especialmente tal como podemos trazarla a partir de los mitos y los ritos) y más específicamente sobre el lugar que esta idea ocupa dentro de la ideología de la *polis*; así realiza una brillante exposición sobre el problema de la herencia como medio de reflexión del problema de la cultura y la naturaleza y su natural conclusión en la falta de historias de amor (textualmente dice "la ausencia de historias de amor en la literatura griega es, por lo tanto, un aspecto de la ausencia de cualquier representación positiva del matrimonio", p. 183). Curiosamente, el periodo durante el cual el matrimonio, como asunto literario, quedó suprimido es exactamente el mismo a lo largo del cual la ciudad-estado funcionó como una estructura autosuficiente para la vida de los griegos. En las últimas páginas hace toda una serie de reflexiones magníficas sobre la disyuntiva esfera privada/pública, en la que sale a relucir toda una serie de valores y consideraciones muy poco comunes; por ejemplo, el hecho de presentar la desaparición de la esfera doméstica como si la ciudad-estado quisiera quitarse de en medio la vida privada de las familias para así seguir con su propia representación de sociedad autosuficiente organizada en torno a la rivalidad competitiva de iguales, todos ellos capacitados en la misma medida. En el ritual podemos verlo en el hecho de que la boda era doble: la *engye* y el *gámos*. En el mito lo vemos en el eterno combate jugueteón entre Zeus y Afrodita, mientras que en la ciudad-estado, es el juego que existe entre la ley y el amor.

El capítulo sexto, "el espectador y el oyente" de Ch. Segal (pp. 211-246) nos corrobora cómo, pese a lo importante que la experiencia auditiva fue para la memoria y la transmisión de la cultura, el pensamiento griego se inclinó por considerar la visión como el ámbito primario del conocimiento, e incluso, de la emoción. Más tarde, refiriéndose a los orígenes del drama habla de la máscara y del papel del espectador en la tragedia (la "paradoja trágica"), pero todo ello dentro del marco de la visión y la tradición oral, del que no podemos dejar de señalar las consideraciones tan acertadas que realiza sobre la fascinación o el horror que producen las escenas que se representaban ocultas entre bastidores.

El capítulo séptimo, "el hombre y las formas de sociabilidad" (pp. 247-287), a cargo de O. Murray establece una división en cuatro edades del hombre griego (hombre heroico, agonal, político y cosmopolita) para poder comprender las relaciones sincrónicas que dan origen a las formas de trato social. No obstante, para el caso concreto del hombre arcaico realiza una división no precisamente novedosa, sino que viene a unirse a viejas posturas positivistas y un tanto anacrónicas, cuando separa la práctica sexual del ideal de belleza en el mundo del simposio (la primera estaría personificada en las hetairas, mientras que el segundo en los muchachitos).

El Octavo, sobre el hombre y los dioses (pp. 289-321) lo realiza M. Vegetti y comienza singularmente diciendo lo que la religión griega no fue, tanto que como bien dice, es difícil hablar positivamente de una "religión griega" (al menos en el sentido en que el término es usado en el ámbito de las tradiciones monoteístas). Posteriormente se refiere a la noción de *miasma* entendida como suciedad material originaria que tiende a moralizarse pasando a ser una metáfora de la "culpa" y de la "maldición divina", y no como a nuestro entender erróneamente señalara Cantarella, *miasma*=pecado. Destacamos también de toda su enumeración de las divinidades del panteón griego que no niegue la presencia de Dioniso en el mundo épico (como hacen bastantes colegas), aunque para ello se sirva del verbo "marginar" (p. 303). En cuanto a la característica unión de este panteón con la comunidad política señala cómo la conciudadanía de hombres y dioses encontró un lugar selecto en la residencia que la ciudad asignó a sus divinidades a través de su representación estatuaría: en el centro de la ciudad, en el corazón de su espacio público y bien visible desde cualquier lugar de la *polis*. Tanto que la observancia de la religión olímpica y de su ritual significaba en primer lugar no tanto un acto espiritual de fe o un obsequio teológico, sino un sentimiento inmediato de pertenencia a la comunidad política, que al final era equivalente a ser un buen ciudadano.

Antes de pasar al último capítulo debemos señalar otro error en las referencias bibliográficas, pues al traductor se le ha olvidado esta vez de registrar que existe traducción al castellano tanto de la obra de M. Detienne, *la escritura de Orfeo*, Península, Barcelona 1990 como la de G.S. Kirk, *la naturaleza de los mitos griegos*, Ed. Argos Vergara, Barcelona 1984.

Y por último, el capítulo noveno, titulado "el rústico" a cargo de Ph. Borgeaud (pp. 322-338) versa sobre todas aquellas figuras que abundan y fascinan en la imaginación de los griegos en tanto que desempeñan en el plano de lo imaginario, una función escénica a partir de la cual se puede reflexionar sobre las condiciones en que emerge el equilibrio civilizador. Como muy bien dice "el rústico interesa a la ciudad en la medida en la que, de entrada, éste se halla en el centro de la reflexión griega sobre el origen de la cultura" (p. 325). De aquí pasa a analizar la figura de Polifemo vencido por tres argucias que remiten, cada una a su manera, a imperativos de la civilización (el vino, el olivo y la palabra), y posteriormente a una visión más de conjunto como la Grecia del siglo V que evoluciona hacia una negación política del rústico sin que ello implique el abandono de un espacio que, al menos simbólicamente, seguía siendo productor de deseos y tensiones, aunque también de civilización.

Resumiendo, la obra responde muy bien a la idea que mueve esta colección y que es de nuestro agrado, sin embargo, en este volumen se aprecia mejor que en

los otros una serie de vaivenes provocados por los autores elegidos o por la propia novedad de los argumentos propuestos. Así por ejemplo, siempre será un placer leer a Cl. Mossé o a J. Redfield, mientras que debemos decir que esta vez O. Murray no ha estado muy acertado, como tampoco lo han estado los traductores, al menos en lo que a referencias bibliográficas se refiere. A pesar de todo, creemos que esta colección es muy valiosa para los estudiantes porque ofrece una visión global, rica y fresca de los elementos que forman una sociedad, dejando si se me permite la expresión, que sea el lector el que construya su propia "historia".

Carlos Espejo Muriel

SZEMLER, G.J.: *The Priests of the Roman Republic. A study of Interactions Between Priesthoods and Magistracies*, Collection Latomus volume 127, Bruselas 1972<sup>1</sup>, 225 págs., ISBN: D/1972/0415/43.

La obra que hoy pretendemos reseñar es un estudio prosopográfico de todos los sacerdotes conocidos hasta la muerte de César. El conjunto de esta obra formó la base esencial del "Promotionarbeit" del autor cuando la presentó en el *Institut für alte Geschichte* de la Universidad austríaca de Innsbruck.

En realidad, el objetivo fundamental del libro no es otro que mostrar la íntima conexión existente entre los miembros de las grandes familias consulares y los sacerdotes (de aquí que hablemos de las magistraturas), aunque este objetivo no será realmente tratado hasta los capítulos segundo y tercero de la obra, pues el primero consiste en una mirada general al sacerdocio y sus *quattuor amplissima collegia*, acompañado de un resumen de aquellas funciones sacerdotales que se relacionan con las magistraturas, dentro del marco de los conceptos romanos de aristocracia y *religio*.

Por lo que se refiere al segundo capítulo, en él se analiza los problemas conectados con la identificación de 36 sacerdotes concretos desde comienzos de la República hasta el 300, y posteriormente ampliada hasta el 211. Mientras que en el tercero y tras una reflexión sobre las personalidades dirigentes de los colegios sacerdotales del siglo III, nos presentará todos los cargos sacerdotales desde el 210 hasta la muerte de César (dejándose llevar por los presupuestos de Mommsen y no por el sistema decurial), que alcanzan la notable cifra de 190, de los cuales 72 son pontífices, 54 augures, 31 *Decemviri Sacris faciundis*, 12 flamines, 7 epulones, 5 *reges Sacrorum*, 3 *curiones maximi*, 2 *salii* y 4 lupercos (todos ellos relacionados o no con las magistraturas, en unas tablas que van desde la pág. 182 a la 189).

Respecto de las fuentes utilizadas, hay que señalar el papel predominante que desempeñan dos autores: Tito Livio, dado que es la fuente más solvente en cuanto a listados y cronología, por lo que respecta a los sacerdotes (y pese a toda la polémica que siempre le acompaña); y Cicerón, cuyos tratados retóricos y filosóficos, sus discursos y alguna que otra carta, contienen referencias de inestimable valor sobre el sacerdocio. A estos hay que añadirle, claro está, muchos otros escritores, griegos y romanos que nos ofrecen información ocasional: Aulus Hirtius, Ascanius, Velleius Paterculus, Valerius Maximus, Suetonius, Apianus, Macrobius, etc... Sin embargo, por lo que respecta a las fuentes no literarias, nos encontramos con que son comparativamente pocas: algunos *elogia* tardíos, las cuatro tablas de los *fasti sacerdotum* (ILS, 9338) y algunas monedas.

Así pues, obtenemos en claro que ni la *cooptatio* ni la *inauguratio* fueron un signo de reconocimiento sino que fueron utilizadas por la *nobilitas* como campo abonado para futuros progresos. Que a principios de la República, el cargo sacerdotal parecía ser mínimo comparado con las actividades sacerdotales del siglo III a.C., cuando poderosas personalidades aparecen como sacerdotes y magistrados al mismo tiempo. Que posteriormente, durante la guerra con Anibal y más tarde también, vemos que la mayoría de los miembros de la nobleza, políticamente inexpertos, eran "cooptados" en colegios sacerdotales; que a la vez, el sacerdocio servía para iniciar la carrera política de un individuo; y todo ello sin entenderlo como un interés deliberado por parte de la *nobilitas* romana por mantener el *status quo* establecido.

Carlos Espejo Muriel.

CATTABIANI, ALfredo: *Calendario. Le feste, i miti, le leggende e i riti dell'anno*. Ed. Rusconi, Milán 1989 (1ª Ed. 1988), 410 págs., ISBN: 88-18-12071-9.

Este especialista en simbolismo, tradiciones populares e historia de las religiones nos sumerge con esta obra en un viaje al interior del calendario, un viaje celeste y terrestre en el que no se decanta ni por la estructura zodiacal (que no habría permitido una explicación completa del fenómeno) ni por la liturgia cristiana (que nos habría conducido a una de las tantas enciclopedias de santos ya existentes), sino por la tradición popular siguiendo el paso simbólico de las estaciones.

Tal análisis de las manifestaciones festivas se apoyan entre otras, en ricas aportaciones procedentes del ámbito antropológico, que se dejan entrever no sólo en las distintas consideraciones que hace el autor sino en la organización y división de los capítulos, pues a pesar de que el primero no es otra cosa que una enriquece-



dora reflexión sobre la división del calendario; el resto se organiza a través del nacimiento del sol (Adviento, Navidad, Epifanía y Nochevieja), del carro de los dioses (en el que, aparte del análisis de las fiestas de S. Antonio y S. Valentín, realiza una interesante reflexión sobre el día de la mujer conectándolo con la Rusia zarista, y una no tan novedosa reflexión sobre el Carnaval), del equinoccio de la crucifixión y de la resurrección (Pascua, Mitra, Adonis, Cuaresma y Semana santa), de la bienvenida a Mayo (fiesta del trabajo y mes mariano), de las bodas del sol y la luna (S. Juan), Aestas (la virgen de agosto y el Palio de Siena) y de la duda sobre si el grano morirá (S. Gabriel, S. Rafael, S. Miguel, S. Francisco y Fin de año celta). A esto hay que añadirle dos grandes aportaciones que nos ofrece Catabbiani (además de su obra en sí) como son las normas generales para el ordenamiento del año litúrgico y del calendario según la Iglesia Católica, y una extensísima y detallada bibliografía sobre la historia de las Religiones (aunque esto no quiera decir que vaya en detrimento de otros apartados mencionados en el libro) que aparecen al final de la obra, en el apéndice.

Para finalizar, sólo mencionaremos que dado el carácter limitado del libro (aunque de por sí extenso) es imposible llegar a tratar cada uno de los temas en profundidad, por lo que nos ofrece una rápida visión de todas las manifestaciones festivas pero que no son de gran ayuda para el especialista, por lo que aquel que esté realmente interesado en el marco festivo de la Antigüedad, sólo encontrará los datos que ya conoce y a lo sumo alguna reflexión atractiva pero que tampoco aporta novedad alguna al debate científico.

Carlos Espejo Muriel

PRIEUR, J.: *La mort dans l'antiquité romaine*, Ed. Ouest-France Université, La Guerche-de-Bretagne 1986<sup>1</sup>, 222 págs., ISBN: 2.85882.776.1

El objetivo de este libro es ofrecer a un vasto público (no necesariamente universitario) la concepción que sobre la muerte tenía la antigua Roma; para ello, este profesor de la Universidad de Grenoble se sirve de las fuentes literarias y de los documentos del arte funerario. Con todo ello consigue ofrecer una visión general (y por lo tanto poco profunda) organizada de la siguiente manera: por un lado tenemos la descripción del ritual funerario y los espacios fúnebres, mientras que por otro, una reflexión sobre el más allá. Todo esto dividio en cuatro capítulos más un apéndice medianamente extenso en el que incluye las fuentes y la bibliografía utilizadas, un mapa del Imperio romano, la lista de los emperadores, un glosario y un índice analítico. El texto, además, como ya he dicho, es prolijo

en imágenes que corroboran o ayudan a comprender mejor el aspecto teórico que está siendo objeto de estudio.

En pocas palabras, es un libro fácil de leer, aconsejable para los alumnos de primer curso o para trabajos muy globales sobre este aspecto tan interesante de la civilización romana.

Carlos Espejo Muriel

SABBATUCCI, Dario: *La religione di Roma antica, dal calendario festivo all'ordine cosmico*. Ed. Il Saggiatore, Milán 1988<sup>1</sup>, 372 págs., ISBN: 880430954-7.

Con esta exhaustiva obra el profesor Sabbatucci nos adentra en el maravilloso mundo de las festividades romanas, para las cuales adopta un método riguroso que se puede contemplar solamente ojeando el índice. Nos estamos refiriendo a su modo de organizar todo el mundo festivo romano en torno a su calendario y no al nuestro (siguiendo los pasos de su estimado colega Kérenyi). Aunque desde esta primera premisa podían ya surgir los primeros problemas en cuanto a qué clase de calendario utiliza, o a qué período de la historia de Roma se circunscribe. El, por su parte, lo deja muy claro en estas páginas (se referirá, concretamente, a la Roma plenamente histórica) aunque para ello haya decidido dejar de lado ciertas manifestaciones festivas como las de Isis y Mitra o muchos cultos imperiales, pero sí ha encontrado un hueco para Cibeles. De esta manera, el libro comienza con las primeras Kalendas del año, y como si de un almanaque se tratara finaliza con las *Larentalia*, o fiestas del 23 de Diciembre.

En cada uno de los meses se detiene con un estudio escrupuloso, un análisis de las fuentes brillante y un conocimiento asombroso, pues aparte de sus hipótesis de trabajo enriquece la disertación con la discusión de las distintas aportaciones de otros investigadores, haciendo, eso sí, verdadero hincapié en los textos clásicos (llega a decir en la introducción que de 856 notas a final de capítulo que hay en la obra, sólo 35 contienen citas de autores modernos), lo cual anima el interés por su lectura, aunque a veces llega a demorarse demasiado.

Así pues, tenemos una obra que se echaba en falta en el panorama de los estudios sobre los ritos y las fiestas romanas, que además, por su organización la hace verdaderamente asequible a todos y es un magnífico instrumento de consulta para cada una de estas manifestaciones, sin caer en la frialdad de los catálogos.

Carlos Espejo Muriel

MONTERO CARTELLE, Enrique: *El latín erótico. Aspectos léxicos y literarios (hasta el s. I d.C.)*, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla 1991 (2ª Ed.), 281 págs., ISBN: 84-7405-691-8.

Tal y como el autor expone en su prólogo, este trabajo fue la base de su tesis doctoral allá por el año 1973 en la Universidad de Santiago de Compostela; tesis que tuvimos el placer de leer cuando se publicó en una pequeña tirada que apenas llegaba a los doscientos ejemplares, cuando el Dr. Pociña nos la prestó para nuestras primeras investigaciones sobre la "homosexualidad" en Roma. Ya entonces nos asombramos de la riqueza y la profundidad con la que el profesor Montero Cartelle se aproximaba a tan espinoso tema, allá por la década de los setenta. Sin embargo, no podemos ocultar nuestra desilusión al ver que no se ha producido ninguna modificación en la obra que ahora se nos presenta y que es idéntica aquella de 1973, sobretodo cuando ha transcurrido tanto tiempo y se han publicado tan interesantes trabajos sobre los distintos campos semánticos, que desgraciadamente hace que lo que antaño fue una novedad ahora no lo sea; por lo que nos vemos en la obligación de señalar que el paso del tiempo ha empobrecido considerablemente esta obra.

De esta manera el autor subraya su deseo de preservarla, añadiéndole sólo la actualización bibliográfica (muy completa y bastante útil, aunque siempre falta algún que otro trabajo que se podía haber incluido), lo que no quita para que sea un magnífica obra que se aleja de los listados lexicales aburridos tan repetidos entre algunos filólogos, y dé paso a una exposición clara y organizada, fundamentalmente en tres niveles: el semántico (ya de por sí bastante problemático), la función representativa de los términos (valores expresivos, connotaciones y disfemismos) y el género literario al que pertenece.

Cada uno de estos tres niveles tiene su reflejo directo en la división del libro, y más concretamente en la organización de los capítulos, por lo que, el primero versa sobre el estudio de las fuentes centrándose en las partes sexuales y en la unión propiamente sexual; el segundo, realiza el estudio lexicográfico y en el tercero tenemos, los aspectos literarios de la lengua erótica.

Carlos Espejo Muriel

LISSARRAGUE, F.: *L'immaginario del simposio greco*, Ed. Laterza, Roma-Bari 1989 (1ª Edición en 1987 en París con el título "Un flot d'images. Une esthétique du banquet grec"), traducción al italiano de M.P. Guidobaldi, 201 págs., 111 ilustraciones e ISBN: 88-420-3342-1.

Este investigador del CNRS y colaborador de J.P. Vernant y P. Vidal-Naquet nos presenta un libro muy particular y entretenido sobre el mundo de las imágenes de la cerámica ática de los siglos VI y V a.C., inmerso en la espectacularidad del banquete.

El libro comienza con "la experiencia griega del vino", concebida como una perspectiva religiosa más que como una liberación, siendo muy interesantes las revelaciones que realiza sobre el uso del vino puro (no mezclado) o *àkratos*, así como el orden del vino en el simposio y sus conexiones con la ética griega (Dionisos es el amo del vino puro, el único que puede beberlo sin miedo).

Le sigue "el espacio de la cratera", en tanto en cuanto, el escanciador y el recipiente son dos accesorios indispensables del banquete; y en tanto en cuanto el simposio comporta un aspecto ritual auténticamente religioso como es la libación. Luego nos hace descubrir que el cuerpo es un vaso y el vaso es un cuerpo, por lo que se produce una identificación entre el bebedor y el vaso que subraya el lugar de la metáfora y de la ilusión poética y visual que es el simposio (subrayado además por el dialogo existente entre el vaso y el bebedor gracias a las posibilidades lingüísticas de las inscripciones -llega a definirlo de un modo muy simpático como "vasos parlantes").

Posteriormente analiza lo que sin lugar a dudas es la parte más importante de toda la obra: todas las posibilidades de juegos que se efectúan con los objetos usados en el simposio (fundamentalmente de destreza y equilibrio) como el *askoliasmòs* y el *kòtabos*, de los que el autor llega a decir que la ruptura de equilibrio que reflejan no es sino la traducción material del titubeo propio de un enamorado ante su amado. Para terminar realizando unas interesantes reflexiones sobre la íntima unión existente entre el mar, el vino y el simposio, así como de la lírica y el banquete (los ornamentos del convite que decía Homero).

Carlos Espejo Muriel.

RYKWERT, J.: *La idea de Ciudad. Antropología de la forma urbana en el Mundo Antiguo*, Ed. Blume, Madrid 1985 (1ª Ed. en inglés en 1976), prólogo de R. Moneo y traducción de J. Valiente, 271 págs., ISBN: 84-7214-320-1, con 169 ilustraciones.

El hecho de que esta obra aparezca en las reseñas de este año, pese a su longevidad, se debe fundamentalmente a un factor muy concreto: el olvido de la misma por todos aquellos que nos dedicamos a la ardua tarea del urbanismo en la Antigüedad; cosa que resulta muy extraña pues la obra en cuestión es riquísima en aportaciones y además, al estar escrita por un eminente arquitecto, nos ofrece nuevos puntos de vista que enriquecen considerablemente esta parcela de los estudios de la Antigüedad.

El libro, como dice Moneo en su exquisito prólogo, debía haber sido el preámbulo o primer capítulo de una amplísima Historia del Urbanismo Italiano que Joseph Rykwert proyectaba escribir en colaboración con el sociólogo italiano Carlo Doglio. Pero como tal propósito no prosperó, se decidió entonces por recoger todas sus informaciones en un artículo, y posteriormente en este libro.

Este, que está extensamente documentado tanto bibliográficamente como en cuanto a textos se refiere, para lo cual se organiza en torno a seis capítulos, como son: la ciudad y el rito, la ciudad y el solar, el cuadrado y la cruz, el centro y los límites, los paralelos y la ciudad como un mal curable; comienza identificando la fisiología de la ciudad con un sueño, a la vez que establece su hipótesis de trabajo que consiste en demostrar que la elaborada estructura geométrica y tipológica de la ciudad romana surgió de un sistema de costumbres y creencias, que se desarrolló en torno a él y que se convirtió así en vehículo perfecto de una cultura y un estilo de vida.

En el segundo capítulo propone una íntima relación entre el campamento militar y el *templum augural*, ya que también contaba con unos límites permanentes, estaba cuidadosamente orientado por referencia a un mastil blanco situado en el centro del *praetorium*, próximo al cual se situaba el *auguraculum* o tienda del general, desde cuya puerta éste escrutaba los presagios (presagios, que ya no en el ámbito bélico sino en el propiamente urbano, servirían para determinar algunos de los rasgos que había de adoptar el trazado sobre el terreno). A continuación hace también unas consideraciones muy bellas sobre la ligazón *mundus*-nombre secreto de Roma-¿*Roma quadrata*?

En cuanto a los orígenes del rito fundacional propone acertadamente que debido a su complejidad, vigor y edad, puede hablarse de un fenómeno sincrético compuesto de retazos que tuvieron sus orígenes en distintos lugares del mundo, sobre los que se desarrollaron unas variaciones a veces irreconocibles, según

cambiaba o evolucionaba el contexto de las ideas religiosas (pues la elección de un solar, como decía Fustel de Coulanges, era un asunto tan grave del que dependía el destino de un pueblo, que se dejaba siempre a la elección de los dioses; o dicho de otro modo: la construcción de una morada humana o de un edificio comunitario fue siempre, en algún sentido, una *anamnesis*, el recuerdo de la "instauración" divina de un centro del universo. De ahí que su emplazamiento no pueda ser elegido arbitrariamente o tan siquiera "racionalmente" por los constructores, sino que ha de ser "descubierto" mediante la revelación de una instancia divina).

A continuación propone una interpretación muy atractiva sobre las lupercales, refiriéndose a que la carrera de los lupercos no purificaba el territorio de la ciudad, sino al pueblo. Del mismo modo que refiriéndose al trazado del surco, propone que éste era ritualmente independiente de la división cuatripartita, y de aquí que las fuentes no nos digan dónde, en relación con las calles principales, inició el fundador su arada. O incluso cuando se refiere al solar de un templo sobre el que algunos ritos recomendaban apacentar ganado antes de pasar el arado, de manera que el emplazamiento del templo asimile mucha energía vital.

Refiriéndose al *pomoerium* y a Jano, establece que el protector o la protectora divinos formaban parte de todo un complicado aparato defensivo metafísico; pues a parte de las defensas materiales como los terraplenes y los fosos, existían otras, como las fórmulas, los ritos y los monumentos apotropaicos que cumplían una función mágica. Pero todos estos recursos protectores juntos, ya fuesen materiales o mágicos, se integraban en una unidad superior, y esta unidad era una fenómeno social y religioso, no simplemente mágico.

Sin embargo, podía haber evitado el capítulo quinto dedicado a los paralelos etnográficos, pues por lo que expone en él, difícilmente pueden servirnos para los casos que conocemos en la Antigüedad; además, debido a sus interpretaciones, que se alejan de la tónica general del libro, pierde credibilidad y frescura, apreciándose un interés por introducirse en un terreno que no controla y que desgraciadamente para todos, salta a la vista.

Carlos Espejo Muriel

MONTERO CARTELLE, E.: *Tractatus de sterilitate: Anónimo de Montpellier (s. XIV)*. (Atribuido a A. de Vilanova, R. de Moleris y J. de Turre), Secretariado de Publicaciones, Universidad de Valladolid, Serie: Lingüística y Filología, nº 16, Valladolid, 1993, 223 páginas.

Damos cuenta en estas páginas de una obra proyectada hace aproximadamente unos veinte años y que ahora por fin ve la luz pública, gracias al admirable

tesón y a la indesmayable tenacidad de su autor, el Prof. Montero Cartelle. Inicialmente, como consta en el prólogo de su edición (pág. 7), el *Tractatus de sterilitate*, como antes el *Liber de coitu* y probablemente muy pronto la *Compilatio de conceptione*, estaba destinado para formar parte de la edición de los *Opera Medica Omnia* del ilustre médico hispano Arnau de Vilanova, cuya producción médica suele situarse entre 1285 y 1311. En efecto, en 1983 aparece publicado el *Liber de coitu*,<sup>1</sup> al que como obligado complemento pronto siguió el *Liber minor de coitu*<sup>2</sup>. De la edición y estudio de ambos textos se demostró errónea la supuesta paternidad arnaldiana de estos dos opúsculos andrológicos y, por esa razón, fueron editados aparte. Es lo mismo que le sucede a la obra que ahora comentamos, el *Tractatus de sterilitate*, cuya atribución a Arnau de Vilanova es improbable y, por ende, se edita también como obra independiente. Por contra, la *Compilatio de conceptione* puede continuar siendo incluida dentro de la producción médica de Arnau de Vilanova y, por ese motivo, aparecerá próximamente formando parte de sus ya mencionados *Opera Medica Omnia*<sup>3</sup>.

Queda claro, por tanto, que el *De sterilitate* se inscribe dentro de una línea de investigación sobradamente conocida y madurada a lo largo del tiempo. Por ello, los criterios empleados y la disposición formal de la edición siguen muy de cerca a los utilizados en otros trabajos anteriores del Prof. Montero sobre la producción médico-ginecológica tradicionalmente atribuida a Arnau de Vilanova. En esencia, la obra consta del habitual capítulo introductorio, la edición crítica del texto latino acompañado de traducción castellana y notas aclarativas, un glosario de fármacos e ingredientes medicinales seguido de cuatro series de índices, y el oportuno complemento bibliográfico.

El capítulo introductorio consta de un breve prólogo, en el que se explicita de forma muy sucinta lo que el autor ha pretendido con este encomiable trabajo, y de tres apartados sobre el autor y la época del *De sterilitate*, sobre el tratado en sí y sobre su tradición textual.

Ya desde el prólogo queda claramente mencionado que el objetivo fundamental que persigue su autor y el núcleo de su labor, así como su principal mérito, radica en la fijación del texto de este opúsculo pseudoarnaldiano, tal como lo reflejan sus propias palabras (*vid.* pág. 7): «El trabajo más arduo, sin embargo, ha sido la labor de fijación del texto, en la que hemos recurrido a todos los

<sup>1</sup> MONTERO CARTELLE, E., *Constantini liber de coitu. El tratado de andrología de Constantino el Africano. Estudio y edición crítica*, Santiago de Compostela, 1983.

<sup>2</sup> MONTERO CARTELLE, E., *Liber minor de coitu. Tratado menor de andrología. Anónimo Salernitano. Edición crítica y notas*, Universidad de Valladolid, 1987.

<sup>3</sup> Cf. pág. 19, nota 27 del *Tractatus de sterilitate*.

testimonios de los que hemos tenido noticia, muchos de ellos hasta el momento no tenidos en cuenta en las referencias a esta obra».

En el primer apartado de la introducción se aborda el espinoso tema de la atribución del tratado, así como su datación cronológica y delimitación geográfica. Tras barajar sucesivamente los nombres de Mauro Salernitano, Jordán de Turre, Raimond de Moleris y Arnau de Vilanova, se llega a la conclusión de que estamos ante un tratado anónimo, de comienzos del siglo XIV, circunscrito al ámbito de Montpellier.

El segundo apartado de la introducción se dedica al estudio interno del tratado en sí, observándose que (pág. 25): «El *De sterilitate* presenta una estructura expositiva muy clara y práctica». En efecto, el tratado se divide en dos partes, dedicadas respectivamente al examen de las causas extrínsecas e intrínsecas de la esterilidad femenina, de un lado, y a la presentación de las causas intrínsecas y extrínsecas de la esterilidad masculina, de otro. Por la inequívoca orientación práctica y escolar de este tratado, apenas se hace un uso crítico de fuentes, advirtiéndose sin embargo una notable dependencia del *Lilium* de Bernardo de Gordon. Y por la óptica esencialmente didáctica y pragmática se explican igualmente las características lingüísticas más sobresalientes de este pobre, estilística y literariamente hablando, prontuario clínico-farmacológico.

El tercer apartado de la introducción versa sobre la tradición textual de este tratado. De la infatigable tarea acometida por el editor del anónimo texto dan una idea aproximada las siguientes palabras (pág. 39): «Para la edición crítica de la presente obra hemos tenido en cuenta todos los testimonios que hemos conocido de la tradición manuscrita y editorial. Nuestra búsqueda no ha resultado infructuosa porque hemos conseguido localizar y reunir el testimonio de 20 manuscritos». Los 20 manuscritos se pueden asignar a dos familias: la *classis* y integrada por 8 manuscritos (FRMK DG BN) y la *classis* z integrada por 12 manuscritos (VPLQWAHJ CE S). De las 8 ediciones impresas conocidas se han manejado tres: Lyon 1504 (=a), Venecia 1527 (=b) y Lyon 1586 (=c). A la hora de valorar los distintos testimonios, tienen prelación los manuscritos sobre las ediciones impresas; dentro de las familias de manuscritos posee preeminencia la *classis* y sobre la *classis* z; dentro de la *classis* y se prefieren FRMK a los otros cuatro restantes; y dentro de la *classis* z se prefieren VPLH a los otros ocho restantes.

El aparato crítico es esencialmente negativo, salvo en casos de especial dificultad en los que también figuran los manuscritos seguidos. El texto latino procura respetar la grafía y desarrolla las abreviaturas. El aparato de fuentes, que veíamos en el *Liber de coitu*, no se contempla aquí; ahora bien, los datos sobre *fontes* y *testimonia* se incorporan en las notas a la traducción. Por su parte, la traducción procura ser absolutamente fiel al original, aun a pesar de las enormes



dificultades de homologación terminológica y conceptual entre el sistema médico antiguo y medieval y el sistema médico vigente en la actualidad.

A la edición crítica le sucede un glosario de fármacos e ingredientes medicinales, así como cuatro índices. No hace faltar ponderar la singular dificultad que supone la elaboración del glosario de fármacos. Aunque siempre persista la duda sobre la exacta identificación del producto farmacéutico o el preparado medicinal, resulta absolutamente imprescindible la confección del mismo en un texto tan enumerativo como este, sobre todo desde la perspectiva del lector. Como también resulta particularmente útil el índice de pesos y medidas. Tanto el glosario como el índice de pesos y medidas aparecían ya en anteriores ediciones, como por ejemplo el *Liber de coitu*, pero aquí se incluyen nuevas entradas o se reelaboran otras. Completan las series de índices el índice de manuscritos, el índice selectivo de autores citados y el índice léxico selectivo. La bibliografía final, distribuida en cinco apartados, atiende a cuestiones filológicas, lingüísticas y de *realia* médico-farmacéuticos.

Nuestra valoración es -no podía ser de otro modo- altamente positiva. Efectivamente, la introducción es justa y ponderada, la edición ejemplar, la traducción correcta, las notas documentadas y precisas, el glosario y los índices (sobre todo el de pesos y medidas) impagables y la bibliografía utilísima.

Algunas observaciones de tipo puramente material sobre detalles puntuales, que en modo alguno pretenden arrojar ni la más mínima sombra de duda sobre nuestra entusiástica valoración nos gustaría, sin embargo, realizar. Se trata las más de las veces de pequeñas erratas, fácilmente subsanables por otra parte.

Nos referiremos en primer lugar a la introducción. Y en ella una de las erratas más llamativas quizá sea la que se detecta en el apartado de *siglae*. Se asigna allí a la *classis z* los manuscritos FRMKDGBN, que obviamente pertenecen a las *classis y*, como ya quedó claro en páginas anteriores; por contra, se adjudican a las *classis y* los manuscritos VPLOTWAHJCES, que como se sabe pertenecen a la *classis z*. Un pequeño descuido se aprecia en pág. 19, porque figura allí una nota 28 que carece de referente en el texto, aunque fácilmente se adivina que la nota haría referencia a la frase "a veces con título muy diverso". En la pág. 31 la nota 1 prácticamente se reproduce en la pág. 61 como nota 19, pero además se aprecia una incongruencia, pues en un sitio se cita "A. Maierù (ed.)" y en otro figura "E. Maierù (ed.)". A veces no se tiene un criterio uniforme a la hora de consignar un nombre propio, por ejemplo en pág. 12 se escribe "Raymond de Moleriis", en pág. 19 leemos "R. de Moleriis" y en pág. 20 "R. de Moleris"; simples erratas son, en fin, en pág. 19 nota 30 "Frauenhailkunde" y en pág. 28 nota 5 "Fruenheilkunde". Al margen ya de estas menudencias, no acaban de convencernos las razones esgrimidas para la reducción de manuscritos en la *classis z* en aras de una paridad

aritmética con el número de manuscritos contemplados en la *classis* y, tal como se hace en pág. 61 nota 18.

Si pasamos ahora a la edición crítica, nos es difícil enfatizar convenientemente la corrección del texto latino que se nos ofrece; a decir verdad, no hemos encontrado más errata que *aptimi* en pág. 154 por *optimi*; todo lo más que hemos echado en falta es algún signo de puntuación como una coma tras *capilli veneris* (pág. 94) o delante de *qui pulveres* (pág. 150) y, quizá más discutiblemente, delante de *ita tamen* (pág. 108).

Con respecto a la traducción no podemos más que reiterar nuestra satisfacción por su justeza y precisión. Ahora bien, hemos echado de menos algunas explicaciones de términos y prácticas clínico-médicas o, en su defecto, orientaciones bibliográficas sobre el particular para el lector menos familiarizado con estos temas, como es nuestro caso. Así, por ejemplo, con relación al término *suffumigatio* (pág. 81 nota 7) se incorpora un texto latino que define el significado de este término; por su parte, para explicar el sintagma *mola matricis* (pág. 117 nota 26) se aduce una escueta pero suficiente indicación bibliográfica; por contra, en cambio, ninguno de los dos supuestos se cumple en el caso de *magdaliones* (p. 82) o de *basilica* y *scarificacione* (pág. 98), por mencionar aleatoriamente algunos casos. Por simples descuidos mecanográficos no vemos traducido *in sequenti nocte* (pág. 96), *fiat syrupus* (pág. 98), *mercurialis* (pág. 106) o *radicis nigelle* (pág. 116). Otras veces se producen inexactitudes, como por ejemplo *anteriori* (pág. 102) traducido por "interior" y, en cambio, *interioribus* (pág. 116) vertido por "anteriores"; o bien, *III* (pág. 138) trasladado por "cuatro". En ocasiones no se observa un criterio uniforme, como por ejemplo *cassiefistule* (pág. 146) y *cassiefistula* (pág. 146), una vez traducido por "casiáfistula" y otra vez por "cañáfistula", siendo así que la primera de las dos versiones castellanas no figura en el glosario; o bien *musci fini* (pág. 152) traducido por "musgo" en pág. 153 y por "musgo fino" en pág. 157; si para "ámbar" el glosario registra los términos *ambra* (= "ámbar gris") y *cacabra* (= "ámbar amarillo"), el término *ambre* (pág. 146) debe vertirse por "ámbar gris", como muy acertadamente se hace en las restantes ocasiones. Particularmente no entendemos la traducción *flegma capitis* por "la flema de la cólera"; como tampoco vemos razón especial que justifique la *variatio* castellana que se origina a la hora de traducir la frase latina (pág. 140) *Omnia ista mundificentur, temperentur et coquantur...* por "Todos estos ingredientes límpiense, envuélvelos y cuécelos..."

El glosario no es sólo loable por las documentadas informaciones que proporciona sino también por su presentación formal; en este sentido erratas, sea en los textos latinos (por ejemplo, "mundificatioem" s.v. *coagulum leporis*, o

"vantositatem" s.v. *porrus*), sea en el texto castellano (por ejemplo, "perdíz" dos veces acentuado s.v. *perdix*), son francamente excepcionales.

En cuanto al índice de pesos y medidas, seguramente el autor tendrá sus razones para preferir, siempre y de modo sistemático, vertir *ana* por "ana"; no obstante, nosotros continuamos preguntándonos si no sería preferible el empleo de las otras propuestas "en/a partes iguales, en igual cantidad".

Pero como ya hemos reiterado repetidas veces, todas estas observaciones deben considerarse como naderías en comparación con los excelsos méritos que exhibe esta edición, cosa por lo demás nada sorprendente en su autor. Sólo nos resta reconocer abiertamente la deuda de gratitud contraída con esta obra repleta de útiles conocimientos y de provechosas indicaciones bibliográficas, que ahora se ponen a nuestra disposición. Ni que decir tiene que esperamos con impaciencia la inmediata aparición de la *Compilatio de conceptione* de, esta vez sí, Arnau de Vilanova.

Pedro R. Díaz y Díaz

A. ALVAR EZQUERRA (ed.), *Poesía de amor en Roma. Catulo, Tibulo, Lígdamo, Sulpicia, Propercio*, Ediciones Akal, Col. Akal/Clásica, Madrid, 1993. 311 pp.

La colección de clásicos griegos y latinos publicados en versión española por Ediciones Akal se incrementa con este interesante volumen de poemas elegíacos correspondientes a todo el desarrollo de este género literario en época clásica. Es este un hecho que merece la pena destacar porque, teniendo en cuenta la finalidad primordial de esta colección, que consiste en la divulgación de la cultura clásica greco-latina entre un público de formación elevada, sí, pero no necesariamente especialista, parece muy adecuado que se reúna en un volumen lo más granado de la producción de los escritores y la escritora de un género concreto, igual que previamente se habían publicado volúmenes temáticos de *Bucólicos griegos* (ed. de Máximo Brioso, 1986), de *Polémica entre cristianos y paganos* (ed. de Eustaquio Sánchez Salor, 1986), de *Antología temática de la poesía lírica griega* (ed. de José Luis Navarro y José María Rodríguez, 1990), de *La sátira latina* (ed. de José Guillén, 1991), etc. La concepción del contenido del libro resulta, por lo tanto, muy conveniente, y la elección del responsable me atrevo a decir, sin el menor problema, que óptima: se trata de Antonio Alvar Ezquerra, profesor que goza de un merecido prestigio en diversos campos de los estudios de Filología latina, pero muy en particular como traductor y editor de textos poéticos.

Del libro que comento merece la pena destacar su larga Introducción, de cerca de setenta nutridas páginas; consiste en un estudio de síntesis del género elegíaco latino, con especial atención a los autores seleccionados (Catulo, Tibulo, Lígdamo, Sulpicia y Porpercio), que son prácticamente la totalidad, sin más excepción que Ovidio, al que ya se había dedicado otro volumen en la colección Akal/Clásica.

Después de un útil cuadro cronológico que sirve para enmarcar históricamente a los autores y la autora editados, Antonio Alvar articula su estudio en tres grandes unidades temáticas, dedicadas a "La amada: *docta puella*", "El poeta: *exclusus amator*", y "Los poemas: *mollis in ora liber*". Por la primera desfilan los retratos de Volumnia, Lesbia/Clodia, Delia/Plania, Cintia/Hostia, Neera, Némesis..., destinatarias de los poemas de amor de los elegíacos, a cuyos nombres se unen los de algunos hombres partícipes de relaciones homosexuales, como Juvencio, Alfeno y Marato, así como el misterioso Cerinto a quien dedica sus seis elegías Sulpicia, para el que, como es claro, no resulta muy conveniente el epígrafe general de la "*docta puella*" dado a este capítulo.

En el apartado II, "El poeta", se estudian con bastante detalle, y de forma muy decorosa para un tipo de publicación como el presente, las figuras de Catulo, Tibulo, Lígdamo, Sulpicia y Propercio. Como no podía ser de otro modo, dada la penuria de documentación disponible, quedan bastante desdibujadas las imágenes de los autores del *Corpus Tibullianum* Lígdamo y Sulpicia. Sin embargo, también en este caso nos parece correcto el proceder de Alvar al defender la existencia real de Sulpicia, sin recurrir a expedientes rebuscados, como los de L. Herrmann, para negarla; me complace en este sentido encontrar un comportamiento parecido al que he sostenido a propósito de esta escritora en mi libro *No sólo hilaron lana. Escritoras latinas en prosa y en verso* (Madrid, 1994).

En el apartado III, "Los poemas", además de una presentación general de la obra de los distintos autores y autora, se plantean algunos problemas concretos, como el de la dificultad de establecer, en el caso de Catulo, una frontera clara entre su producción epigramática y elegíaca, diferencia que, como precisa Alvar, "tampoco los antiguos parecen haberla tenido muy clara" (p. 51). Interesante es, a mi modo de ver, entre otros diversos aspectos, la opinión del autor sobre las piezas de Sulpicia: "Breves y concisas, técnicamente perfectas en su sencillez, amables por su contenido, luminosas por su claridad compositiva, darían la impresión de haberse conseguido sin esfuerzo; mas tales poemas son fruto de una fuerza poética innata que convierte el tema cotidiano en aventura de amor, gracias a una sabiduría al mismo tiempo disciplinada e intuitiva. Su extraordinaria belleza reside, precisamente, en su aparente ingenuidad, simpática y provocadora al mismo tiempo" (pp. 57-58).

Sin duda convendría hacer aquí un análisis detallado del apartado "Nuestra traducción", en el que Antonio Alvar dice cosas de bastante enjundia. Aunque la extensión de una reseña no permite extenderse demasiado, notaré sin embargo algunos aspectos llamativos. Entre ellos, no tiene desperdicio el párrafo inicial: "Las traducciones de los textos latinos que ofrezco a continuación, son sólo eso, traducciones. Quiero decir, no he pretendido en ningún momento establecer lecturas propias en pasajes discutidos por entender que eso sólo debe hacerse desde un conocimiento exhaustivo de la tradición manuscrita, la historia textual y de la lengua y el estilo de cada autor, conocimiento que ha de hacerse extensivo a la época en que se produjo la obra en cuestión y el género literario al que eventualmente pertenezca" (p. 64); de acuerdo con este sensato planteamiento, señala Alvar que él "traduce" el Catulo de Mynors, el Tibulo (con Lígdamo y Sulpicia) de Postgate y el Propercio de Barber. Y yo añadiría que ésta me parece la postura correcta, mientras que no resulta de recibo lo que suele hacerse en tantas ocasiones en este País, esto es, utilizar un texto de un editor acreditado, al que luego se le cambian cuatro o cinco lecturas aquí y allá, cogidas de otro editor, con la pretensión de que la chapuza resultante vaya a interpretarse por alguien como una intervención seria y científica sobre el texto original.

En cuanto a las traducciones, el intento de versión poética que propone Antonio Alvar parece más que justificado. Después de subrayar la idea de que "ninguna traducción es obra de un solo traductor y, tal vez, lo que falta no sean 'traducciones' sino 'tradiciones' en el arte de traducir" (p. 68), cosa que con frecuencia no parece entenderse por estas latitudes, el autor deja a criterio de su público lector el opinar si su esfuerzo ha merecido la pena. En tal sentido, esta lectora opina que un libro como el presente, en el que se ofrece un *corpus* selecto bastante amplio de poesía, con el denominador común del tema y género literario, bien introducido y con unas traducciones muy trabajadas, merece sin duda la pena y el elogio. Pero, naturalmente, sobre la valía concreta de una traducción es muy cuestionable cualquier opinión que una pueda emitir. Por ello, me limitaré a ofrecer una muestra de las contenidas en este volumen, la famoso *carmen 5* de Catulo *Viuiamus, mea Lesbia, atque amemus*:

Vivamos, Lesbia mía, y amemos,  
y a los cotilleos de los intransigentes viejos  
a todos juntos démosles el precio de un as.  
Los soles pueden caer y regresar;  
mas cuando caiga por única vez nuestra corta luz,  
dormiremos una sola noche eterna.  
Dame mil besos, luego cien,

luego otros mil, luego por segunda vez cien,  
 luego hasta otros mil, luego cien.  
 Luego, cuando hayamos juntado muchos miles,  
 los revolveremos para olvidar su número  
 o para que ningún malintencionado pueda aojarnos  
 al saber que tantos fueron nuestros besos.

Señalaré, por último, que el volumen lleva una Bibliografía selecta, muy bien organizada y útil, que muestra el reconocido buen quehacer del doctor Alvar en el campo de la Bibliografía clásica.

Abundantes notas a pie de página, junto con el Glosario de nombres propios que se incluye al final, sirven de excelente auxiliar a quien desee acercarse a la poesía de amor en Roma. Todo ello en un hermoso volumen "de bolsillo", con el cuidado editorial que es habitual en esta colección, en el que sin embargo resulta lamentable el cuerpo de la letra, pequeñísima en general, y casi ilegible en las notas: las casas editoriales de este País deberían empezar a sentir una cierta preocupación por la vista de los lectores y las lectoras, y por facilitar la lectura de los libros que publican.

Aurora López

AA. VV., *Teatro Clásico y Teatro Europeo (Sesiones I y II)*, Facultad de Filosofía y Letras de Burgos, Burgos, 1993, 101 pp.

El fin de la presente reseña no es otro que el de dar noticia de una publicación bastante interesante para el estudio del teatro griego y latino que mucho me temo no va a tener gran divulgación, por haberse producido al margen de los cauces normales del comercio librero. Se trata en realidad de las Actas de una hermosa e interesantísima experiencia surgida en el año 1991 en la Facultad de Filosofía y Letras de Burgos, y animada en sus comienzos fundamentalmente por las profesoras de griego Aurelia Ruíz Sola y Begoña Ortega Villaro y el profesor de latín José Ignacio Blanco Pérez, quienes, en unión de docentes de otras especialidades filológicas, crearon unas jornadas anuales sobre "Teatro Clásico y Teatro Europeo", con el fin de estudiar el fenómeno teatral desde las perspectivas más variadas, de una forma interdisciplinar. Con este planteamiento, por desgracia tan poco habitual, filólogos y filólogas correspondientes a las especialidades de griego, latín, español, francés e inglés, junto con profesionales del teatro, se ocuparon en su primera convocatoria (noviembre de 1991) del tema "La fiesta

dramática"; en la segunda (noviembre de 1992) de "Texto y espectáculo"; en la tercera (diciembre de 1993) de "El mito y sus recreaciones".

El volumen que ahora comentamos presenta buena parte de las intervenciones científicas de las Sesiones I y II (años 1991 y 1992). De las que corresponden al tema "La fiesta dramática", nos interesan fundamentalmente aquí cuatro relacionadas con el teatro griego: "El recurso a lo maravilloso en el teatro griego", de Manuel García Teijeiro (pp. 7-12), "Drama y religión", de José Lasso de la Vega (pp. 25-32), "Actualidad y posibilidades escénicas de la comedia aristofánica", de Esperanza Rodríguez Monescillo (pp. 43-52) y "De la lírica al teatro (Observaciones sobre la poesía de Estesícoro)", de Emilio Suárez de la Torre (pp. 53-62). Sin embargo, en el mismo sentido que anima a quienes organizan estas sesiones, conviene no pasar en silencio el interés de los trabajos relacionados con "otros" teatros, en concreto "La presencia de lo musical en el teatro español", de María Antonia Virgili Blanquet, y "Las tradiciones cómicas en las comedias tempranas de Shakespeare", de Susana Onega Jaén.

De las intervenciones correspondientes al tema de la segunda convocatoria, "Texto y espectáculo", una se centra en el teatro griego, dos en el latino, y una en el inglés: se trata respectivamente de "Formas del teatro popular en la Antigüedad", de Antonio Melero Bellido (pp. 89-94); "Texto literario y texto escénico en la comedia latina", de Andrés Pociña y César A. Pociña (pp.63-75); "Esplendor y decadencia de la tragedia latina", de Esther Artigas (pp. 95-101); y, por último, "Del texto bíblico al espectáculo dramático: el teatro inglés de la Edad Media", de Patricia Shaw (pp. 77-88).

Naturalmente, sería prácticamente imposible hacer aquí un análisis, ni siquiera sucinto, de los siete trabajos que interesan al teatro griego y romano. Diré, eso sí, que hay en ellos un poco de todo, pero que el conjunto, en el que tampoco pueden olvidarse las aportaciones correspondientes a otros teatros europeos, resulta sumamente interesante. Se trata, pues, de un pequeño libro (de todas formas mucho más grande de lo que aparenta, dada la enorme cantidad de texto que se ha acumulado en cada página) de gran utilidad para el conocimiento del teatro greco-latino y los teatros europeos, y de sus múltiples interrelaciones. Sólo por añadir una nota final, creo que los nombres de las profesoras Aurelia Ruíz y Begoña Ortega y del profesor José Ignacio Blanco deberían aparecer a la cabeza del volumen, en el papel primero de creadores y cuidadores de las Sesiones, y además de editores de estas Actas, labores ambas que me parecen dignas de aplauso y reconocimiento.

Aurora López

M<sup>a</sup> D. RINCÓN GONZÁLEZ, *Historia Baetica de Carlo Verardi (Drama humanístico sobre la toma de Granada)*, Servicio de Publicaciones de la Universidad, Granada, 1992. 421 pp.

El volumen que comentamos inaugura, según indica en un breve prólogo el Profesor José González Vázquez, la "Serie humanística" del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Granada, en la que se editarán los resultados de los trabajos del Grupo de investigación denominado "Recuperación y estudio de las fuentes latinas renacentistas de Andalucía Oriental", que dirige el referido profesor. Por ello, hay que reconocer, de entrada, que el libro elegido para inaugurar dicha serie no podía ser más oportuno, al tratarse de una edición, bilingüe, de la *Historia Baetica* del humanista italiano Carlo Verardi (1440-1500), un drama que gira en torno a la toma de Granada, escrito por su autor con vistas a una representación en Roma con motivo de la celebración de tal acontecimiento, interpretado en aquel momento como de enorme trascendencia para toda la Cristiandad. Si pensamos, por otra parte, que la edición realizada por María Dolores Rincón González se publica precisamente en el año 1992, esto es, en el quinto centenario del suceso dramatizado, y que se trata de una tesis doctoral defendida en la Universidad de Granada, su justificación y esa oportunidad de que hablábamos hace un instante quedan fuera de toda cuestión.

La *Historia Baetica* es, además, un texto sumamente interesante desde muchos puntos de vista. En primer lugar, por su contenido: se trata de una visión peculiar de la toma de Granada por los Reyes Católicos, elaborada por un contemporáneo, que, conmovido por algo que considera trascendental para la historia presente y venidera, se impone la tarea de narrarlo en forma teatral: "reuní los acontecimientos de un solo día en el que ciertamente la ciudad de Granada del rey Boabdil, deshecho ya por la guerra y abatido por el hambre, fue recibida en rendición; tramé la historia con sus interlocutores y personajes y la maticé de forma que todo el acontecimiento, tal y como pasó, pudiera el Pueblo Romano no sólo oírlo, sino incluso percibirlo con sus ojos..." (Prefacio de Verardi, p. 143).

Pero a este valor histórico, por así decirlo, viene a sumarse el de la propia obra como drama, un drama muy peculiar, que no se aviene con los cánones tradicionales ni de la tragedia ni de la comedia, y que, sin embargo, tiene en la comedia y la tragedia latinas antiguas y medievales una de sus fuentes primordiales de inspiración. En suma, un drama histórico, concebido no como mero juego literario, sino para una representación concreta, que sabemos que tuvo lugar en Roma, para más exactitud en el palacio del cardenal Rafael Riario. De esta constatación se derivan una serie de notas que llaman poderosamente la atención del lector o lectora interesados por el fenómeno dramático, y tal vez, por encima



de otras consideraciones, suscitarán su curiosidad acerca de qué manera se las ingenió Carlo Verardi para montar un drama sobre un hecho histórico de contenido ante todo militar, o cómo perfiló a una serie de personajes reales pertenecientes a un mundo contemporáneo al suyo, o de qué manera se planteó la representación de un argumento en el que, por ejemplo, no evita enormes monólogos, como puede ser el de Serraya en la escena I del drama (pp. 173-189), que ocupa nada menos que ocho páginas de la presente edición.

Una tercera razón para congraciarnos de la aparición de este libro estriba en su incuestionable contribución a la recuperación de textos fundamentales del humanismo hispano, o de tema hispano, en ediciones bien hechas. Naturalmente, otras muchas podrían aducirse en idéntico sentido.

Pero centrándonos ya en el valor intrínseco de esta obra, diremos que consta de una valiosísima y detalladísima Introducción, de una extensión de algo más de un centenar de páginas, en las que se estudia con todo rigor, erudición y riqueza de documentación en primer lugar la personalidad del autor de la obra editada ("Carlo Verardi de Cesena -1440-1500- y su tiempo", pp. 17-38), su producción escrita ("La obra literaria de Carlo Verardi", pp. 39-54), para pasar a continuación al análisis del drama, comenzando por la representación de la Roma que va a asistir a la escenificación de la toma de Granada ("El contexto romano de Historia Baetica", pp. 55-64), y siguiendo por su valor histórico ("Historia Baetica, Historia non fabula", pp. 65-86), para completarse con un amplio estudio literario ("Análisis de la obra", pp. 87-116) y un adecuado "Estudio bibliográfico de la Historia Baetica" (pp. 117-129), donde se analizan los problemas de edición del texto y los criterios de edición puestos en práctica por María Dolores Rincón González.

Sigue el texto, presentado en edición crítica, con aparato crítico, aparatos de *testimonia*, *similia* y *concordantiae*, así como abundantes notas ilustrativas a la versión castellana, que aparece en la página enfrentada. Se trata, en nuestra opinión, de una edición muy bien planteada y ejecutada, de gran claridad y utilidad en la organización de su pie de página crítico, con un tipo de aparato con cuya presentación no estamos del todo conformes, pero que de todas formas nos parece muy aceptable; además, va acompañado por una excelente traducción, en un castellano muy rico y matizado, anotada con gran acierto.

No sabemos si nuestra reseña de la *Historia Baetica* está resultando prolija en demasía: de todas formas, el libro merecería un comentario muchísimo más detallado. Para ofrecer un juicio de valor rápido y sucinto, bastará acaso decir que se trata de una obra en latín de finales del siglo XV, de gran interés y muy agradable lectura, muy bien presentada, editada y traducida por la doctora Rincón González; el conjunto reseñado se ofrece en un volumen de aspecto agradable y

bien cuidado, en el que no hemos detectado erratas llamativas. Naturalmente, podrían encontrarse defectos: así, nos parece lamentable que la presentación no haya sido paginada en romanos, y el texto y traducción en arábigos, como suele ser norma en este tipo de ediciones. Pero no creemos que sea cometido nuestro en esta ocasión buscar defectos de no excesiva trascendencia en un libro que resulta esencialmente bueno, y por el que felicitamos cordialmente a su autora.

Andrés Pociña

ARIAS VILAS, F.: *A romanización de Galicia*, Edicións A Nosa Terra, Vigo, 1992. 194 pp.

Sobre el sugestivo tema de la romanización de Galicia la mejor aportación que conocíamos hasta ahora era el volumen colectivo titulado precisamente así, *La romanización de Galicia*, publicado por el Seminario de Estudios Cerámicos de Sargadelos, con una serie de trabajos debidos a Fernando Acuña Castroviejo, Felipe Arias Vilas, Alberto Balil, Antonio Blanco Freixeiro, Manuel C. Díaz y Díaz, Tomás Mañanes, Casimiro Torres y José Manuel Vázquez Varela. Dicha publicación, aparecida en 1976, queda ahora completada, quizá incluso podríamos decir que superada, por la obra de uno de los autores de aquel volumen, el arqueólogo lucense Felipe Arias Vilas, que se enfrenta en esta ocasión en solitario a los múltiples aspectos de la romanización de la Galicia actual, en este libro que vamos a comentar, redactado en lengua gallega.

*A romanización de Galicia* es la obra de un arqueólogo: es algo que se comprueba tan sólo con hojear el volumen. Advertimos esto como punto de partida para posibles lectores de esta reseña que no conozcan al autor, que previamente había publicado un interesante estudio sobre *Las murallas romanas de Lugo* (Santiago, 1972), una *Guía arqueológica romana de Lugo y su provincia* (Lugo, 1975), etc. Ahora bien, en la preparación del estudio que nos ocupa, el autor ha puesto en juego de una manera equilibrada los datos procedentes de las fuentes literarias, arqueológicas, epigráficas, numismáticas y etnográficas, proporcionando un magnífico ejemplo de comportamiento "arqueológico".

La obra se articula en diez partes, de las que sería difícil ofrecer un resumen detallado. De todas formas, señalaremos algunos aspectos que nos han llamado la atención particularmente. Después de advertir que el término "Galicia" que aparece en el título ha de entenderse como referido a los límites administrativos de las cuatro provincias gallegas actuales, en torno a cuya romanización girará la

obra, comienza el desarrollo con la Parte I dedicada a la conquista, en la que convendría destacar la muy plausible insistencia en señalar que la romanización de Galicia tiene una manera peculiar de realizarse; en virtud de ella, y de acuerdo con las últimas aportaciones de la investigación, no debe interpretarse "baixo modelos mediterraneizantes senón con esquemas doutras provincias periféricas do Imperio" (p. 24). El hecho de producirse esta romanización sobre una cultura particular, la de los castros, es el elemento a tener en cuenta como primordial para comprender el desarrollo de este proceso histórico y sus resultados finales: "O tipo e o grao desta Romanización, marcada pois pola aculturización e/ou asimilación entre o castrexo e o romano, veñen dados por uns elementos culturais ás veces similares (de substrato indoeuropeo, ou incluso mediterráneo, común), e outros claramente contrapostos, que xeran uns sistemas de organización e de hábitat, uns modos de vida e incluso unha lingua diferenciados dos doutras partes da Hispania. Esta Romanización, *sui generis* pero semellante á doutras zonas periféricas do Imperio, foi lenta e gradual pero tamén decisiva" (p. 25).

En la parte II, donde se pasa a los problemas de la organización administrativa y territorial, Arias Vilas pone especial énfasis en explicar fenómenos típicos de esta zona particular de la Hispania romana, como son las agrupaciones de comunidades denominadas *populi*, cuya base organizativa remonta a la época prerromana, y que no deben confundirse nunca con "tribus" ni con "gentilidades", términos no aplicables al caso de *Gallaecia*. Un estudio de estos *populi*, basado fundamentalmente en el estudio de las inscripciones romanas de Galicia, centra este interesantísimo capítulo, en el que se recogen las aportaciones de autoridades como Pereira Menaut, J. y N. Santos Yanguas, Tranoy, Balil, etc. En la parte III ("A ocupación do territorio e o poboamento"), basándose en los textos, la toponimia y la arqueología, se estudia el hábitat de la Galicia romana, las vías de comunicación, las ciudades; quizá convenga destacar la llamada que hace el autor sobre la urgencia de realizar ciertos estudios sobre las comunicaciones romanas en Galicia, antes de que el actual destrozo incontrolado de los restos hagan imposible llevarlos a cabo (p. 48); y, en cuanto al estudio de las ciudades, parece ejemplar el del Lugo romano que se ofrece en varias páginas de este capítulo. De la parte IV, dedicada a los aspectos económicos, quizá resaltaríamos los párrafos que se ocupan del estudio de la minería, que tan grande importancia tuvo en la Galicia romana, según subrayaba ya el propio Plinio al notar la gran cantidad de oro que se producía anualmente en esta región.

No menos importantes son las partes consagradas a los cambios experimentados por la sociedad indígena por causa de la romanización (parte V) o el estudio de la cultura material de esta sociedad (parte VI). Sin embargo, quizás sorprende más, por lo llamativo de las explicaciones acompañadas por las correspondientes

ilustraciones, el capítulo de las manifestaciones artísticas, donde pueden contemplarse muestras tan admirables como la Estela funeraria de Primiano (Museo de Santo Antón, en A Coruña), Estela de Vilar de Sarria (Museo de Pontevedra), Minerva de bronce (Museo de Bellas Artes de A Coruña), Mercurio de Vilar de Barrio (Museo Arqueológico de Ourense), Mosaico de la calle Batitales de Lugo (Museo Provincial de Lugo), etc.

La parte VIII nos presenta las creencias religiosas en la Galicia romanizada, con especial hincapié en los aspectos del culto al Emperador y el culto a los muertos. Los capítulos IX y X nos llevan ya a la Galicia bajorromana y al apasionante Mundo paleocristiano, especialmente significativo allí por el fenómeno del priscilianismo.

Mal que bien hemos intentado resumir los contenidos de un libro en principio difícilmente resumible. Pero convendría señalar, a lo largo de todo su desarrollo, la facilidad y agrado de su lectura, debido a la acertada maquetación y a la abundancia de ilustraciones en prácticamente todas las páginas. El libro se lee con especial provecho gracias a los cuadros cronológicos incluidos al final, así como el útil glosario que hace que un estudio de buena calidad científica como es éste, pueda servir al mismo tiempo como útil manual de alta divulgación. Muy de agradecer es, además, la lista de los "Principales yacimientos y monumentos galaico-romanos (visitables)".

Cierra el conjunto una bibliografía de "Cien títulos" sobre la Galicia romana. El autor de esta reseña sin duda no es la persona más adecuada para valorar la selección de los libros y artículos incluidos en ella por el señor Arias Vilas; sin embargo, no se resiste a notar con emoción el hecho de que, entre los cinco títulos escogidos para la época paleocristiana, figure la tesis de la que fue muy querida compañera en esta Facultad de Filosofía y Letras de Granada, Juliana Cabrera, *Estudio sobre el priscilianismo en la Galicia antigua* (Granada, 1983).

En resumen, nuestra felicitación al señor Arias Vilas por su excelente y atractivo trabajo sobre la romanización de Galicia. Creemos que aquellos que decidan consultarlo, en el Departamento de Historia antigua de nuestra Facultad, se verán suficientemente compensados del esfuerzo que pueda exigirles su lectura en gallego, lengua por otro lado preciosa y que no les va a plantear grandes problemas de comprensión.

Andrés Pociña

RENÉ NOUAILHAT, *Histoire des Religions. La Génèse du Christianisme. De Jerusalem à Chalcedoine*. Ministère de l'éducation Nationale, de la Jeunesse et des Sports, Centre Regional de Documentation Pedagogique de Besançon. Besançon 1990, 174 pp. en 87 fichas de 21x29.5 cms.

Esta obra es el primer volumen de una anunciada serie de materiales didácticos dedicada a la enseñanza de la Historia de las Religiones en Secundaria, desde una perspectiva laica. Se trata de una iniciativa interesante, que viene a responder a una demanda expresada en diferentes sectores de la sociedad francesa, por lo que significa de sensibilidad por parte de las instituciones docentes públicas hacia un tema tan importante como es el componente religioso de nuestra cultura.

EL libro está constituido por una funda-carpeta artísticamente decorada con una serie de fotografías de obras de arte religioso de diferentes épocas y estilos.

El interior está compuesto de una introducción, seguida del índice, de diez capítulos o temas, un léxico y una bibliografía.

Cada capítulo o tema está formado por tres tipos de fichas diferentes, identificadas por otros tantos colores: el primero para los conocimientos, el segundo para los documentos y el tercero para las estrategias didácticas.

Desde el punto de vista pedagógico este material está en la línea más actual. Se trata de una enseñanza abierta, cuyo último nivel de concreción ha de realizarse en el aula, centrada en el alumno, en el acto de aprendizaje, y en la que el libro de texto cerrado cede el paso a una pluralidad de materiales, abordados desde tácticas diferentes.

El capítulo primero hace una llamada a la clarificación de conceptos respecto al tratamiento escolar de los orígenes del cristianismo, casi siempre abordado desde los anacronismos, en lo referente a iconografía, a géneros literarios y a aspectos espacio-temporales. Se ofrece, además, toda una serie de actividades posibles: observación del lenguaje cotidiano, lectura de obras literarias, proyección de películas, visitas a museos, etc.

El capítulo segundo pasa a analizar la documentación relativa a los orígenes del cristianismo. Lo más interesante en este punto es la documentación que incorpora, que va desde los fragmentos de papiros egipcios a la reproducción de un palimpsesto, o de graffiti, pasando por los escasos testimonios extracristianos que hacen referencia al cristianismo primitivo.

Hay que resaltar la inclusión, en muchos de los capítulos, de documentos de la literatura y del arte, que hacen referencia a la pervivencia en la cultura actual de los temas tratados en el libro.

Los capítulos tercero, cuarto y quinto presentan la documentación cristiana sobre Jesucristo. Se pone de relieve la importancia decisiva que tiene la enseñanza

de san Pablo en los primeros momentos del cristianismo. Es de resaltar la breve, pero precisa, iniciación al mundo de la exégesis bíblica que presenta el capítulo cuarto, tan importante para descubrir el sustrato histórico existente en los textos neotestamentarios. Otro punto, no menos interesante, es el mapa social, político y religioso del primer siglo, que describe el capítulo quinto, en el que se sitúa el nacimiento y la rápida expansión del cristianismo. La "solución cristiana", como afirma el autor, viene a dar nuevo sentido y nueva fuerza a algunas esperanzas mesiánicas como salida a la cuyuntura del momento: grupos judíos enfrentados entre sí, enemigos unos y colaboradores otros con el poder romano, diversos contestatarios marginales (los bautistas, por ejemplo), etc.

El capítulo sexto aborda los primeros siglos del cristianismo. El mismo título -"no había un cristianismo en singular sino plurales y multiformes cristianismos"- nos introduce en el análisis de las diversas corrientes que dicha religión presenta: un legalismo judaizante frente a un helenismo renovador a nivel de ritual, una corriente radical en materia de valores, respresentada por Jesús en algunas tradiciones evangélicas, frente a una corriente conservadora, también respresentada por Jesús segun otras tradiciones también evangélicas, así como diversas y contrapuestas corrientes de tipo político, la intransigente de Juan y la de compromiso de Pablo, etc.

El capítulo séptimo trata del cristianismo de los siglos II Y III. Beneficiado por la tolerancia religiosa global del siglo I, si se exceptúan el caso judío en Palestina y el druidismo en la Galia, los movimientos cristianos experimentan una acelerada expansión. Sin embargo las cosas cambian a lo largo del siglo II. El poder Imperial se muestra de modo incoherente respecto a las iglesias cristianas: pasando de la ignorancia al hostigamiento, de la persecución a la tolerancia. El capítulo va describiendo estas diversas situaciones a través de documentos tomados de las fuentes, mediante cuadros cronológico-comparativos, que permiten al alumno obtener un visión de conjunto, al mismo tiempo que presenta sugerencias concretas para la realización de trabajos de investigación a través de la iconografía y de la literatura de la época.

Los siglos IV y V, tan decisivos para la historia posterior, vienen estudiados en el capítulo octavo. Presenta el fenómeno de la regulación de las prácticas rituales y de las doctrinas cristianas en torno a los ejes vertebradores que son las grandes Iglesias de la época: Alejandría, Antioquía, Cartago y Roma.

La documentación específica de este capítulo presenta, además de las tablas habituales, unos mapas que suponen una buena ayuda para comprender lo que el autor denomina "la geopolítica de los concilios imperiales", o la distribución geográfica del monaquismo, tanto en Oriente como en el caso concreto de la Galia.

Se sugieren aquí, además, estrategias didácticas tan interesantes como el análisis de un sacófago cristiano, de una estatua o de la vida de un monje.

En el capítulo nueve se aborda la nueva y creciente situación de poder en la que va entrando la Iglesia como consecuencia de la "normalización imperial". El debate interno se polariza en las cuestiones de ortodoxia abstracta, en lugar de hacerse sobre las cuestiones de vida cristiana. Las definiciones conciliares acotan el campo cristiano, estructurado en torno a una referencia cristológica.

EL título que lleva el capítulo diez - "La historia real de la formación del cristianismo ha sido borrada" - define muy bien la orientación de toda la obra que estamos describiendo, que no es otra que el tratamiento objetivamente histórico de los temas. De ahí que se haga una constatación explícita de la dificultad existente para el conocimiento de la historia real de los primeros momentos del cristianismo, dado que los escritos cristianos que han llegado hasta nosotros son, esencialmente, los de los pensadores ortodoxos, los cuales responden a un modelo posterior, que debía, por otra parte, ser prefigurado y homologado por los textos antiguos. De hecho, afirma el autor, "el cristianismo como religión unificada en sus prácticas y en su sistema de pensamiento es producto del Imperio cristiano". En esta tarea unificadora destaca la figura de san Agustín, como se hace ver ampliamente en la documentación aportada.

Termina el capítulo ofreciendo unas pistas para la evaluación del curso y un guión para una representación teatral entorno a la figura de Jesús. Colofón interesante, que, por otra parte ha sido puesto en escena por alumnos de René Nouailhat.

Se puede afirmar, sin miedo a la exageración, que estamos ante una obra didáctica plenamente actual, de gran rigor histórico, muy necesaria para la enseñanza de temas insoslayables, como los que desarrollan el aspecto religioso de la cultura, concretada aquí en el cristianismo, cuyo elenco de documentos puede ser, además, muy útil para todo aquel que, de una manera o de otra, tenga que tratar el tema del cristianismo primitivo.

Federico Rodríguez Ratia.

JULIÁN SOLANA PUJALTE, *Análisis métrico-prosódico de la poesía de Alcuino de York*, Tesis doctoral Univ. de Sevilla, Sevilla 1991, Editorial de la Universidad, 10 pp. + microfichas.

Se trata de un denso y paciente trabajo (téngase en cuenta que se opera con más de seis mil versos) que pretende fijar los rasgos característicos de la prosodia

y de la métrica de Alcuino por referencia a otros versificadores latinos clásicos, tardíos y medievales.

Un minucioso análisis del material, cuyos resultados se presentan en más de mil páginas, con la ayuda además de numerosísimos cuadros sinópticos, lleva al autor a las siguientes conclusiones: considerable facilidad técnica que demuestra un buen conocimiento por parte de Alcuino de la versificación latina y sus modelos clásicos, de los cuales se puede considerar muy próximo, con las lógicas salvedades de rigidez o falta de flexibilidad en el manejo de los esquemas y de otros factores del nivel de la composición (cesuras, por ejemplo).

También se ajusta Alcuino a la norma clásica en lo que a elisiones se refiere.

No ocurre, en cambio, otro tanto con el manejo de la cantidad silábica, donde se trasluce claramente su condición de autor del siglo VII p. C., que se permite en este campo una amplia serie de irregularidades, en buena parte habituales ya en poetas de épocas anteriores.

En suma, se combinan en Alcuino "rasgos métricos característicos de la mejor poesía latina con nada ortodoxas prácticas prosódicas de la latinidad tardía, si bien ya habituales en su época y en siglos anteriores".

Se halla organizada la obra en dos partes (previas unas "Notas preliminares" y una "Introducción"), consagrada una a la prosodia y la segunda, a la métrica. Se estudian en la primera, por este orden, el alargamiento de finales de palabra, el encuentro de vocales y consonantes entre palabras, las vocales en sílaba final de palabra y en sílaba no final, otros fenómenos prosódicos y el acento de palabra. La segunda parte comprende los siguientes capítulos: dáctilos y espondeos: variedad y repetición; métrica verbal; las cesuras; las pausas sintácticas. Se añaden a todo lo anterior dos apéndices (sobre la rima y sobre "otros metros"), las conclusiones y los índices bibliográficos.

Este trabajo, presentado en 1987 como Tesis Doctoral, constituye la primera gran aportación de su autor a los estudios sobre prosodia y métrica latinas, campo en el que luego se ha acreditado con otras valiosas publicaciones. Su gran utilidad para todo aquél que pretenda estudiar la lengua y la versificación de Alcuino y, más en general, las de la Edad Media latina quedan fuera de toda duda.

Jesús Luque Moreno